

EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



SUSCRICION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 5.º TOMO II.—MIÉRCOLES 1.º DE ENERO DE 1843.

La redaccion está en la calle de la Manzana núm. 15 cuarto bajo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

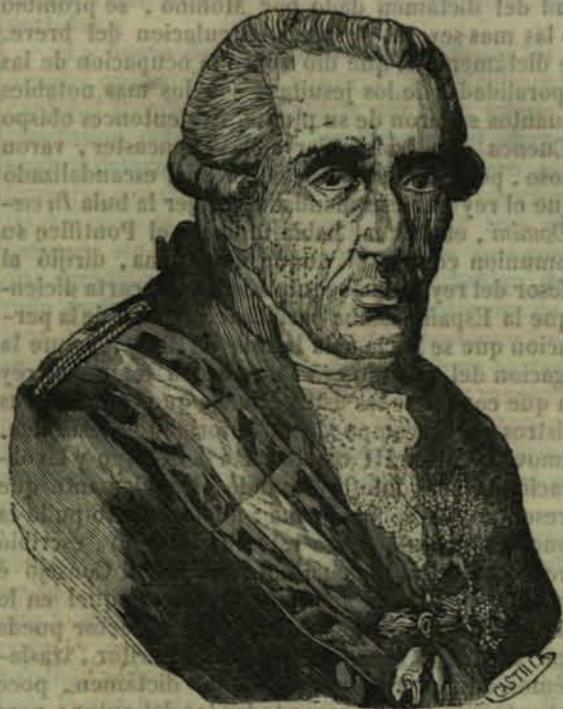
Biografía. El conde de Floridablanca, por D. J. E. Hartzembusch.—Viajes á las provincias Vascongadas, artículo 4.º, por D. Antonio Flores.—Sanlúcar de Barrameda, por D. José Amador de los Ríos.—Noticias acerca del baile.—La noche buena, (poesía) por D. G. Tejado.—Un naufragio, (poesía) por D. José María de Albuérne.—Fragmento de un rasgo épico, por D. José Amador de los Ríos.—Revista de la Quincena, por D. Juan Pérez Calvo.

BIOGRAFIA.

EL CONDE DE FLORIDABLANCA.

L reinado mas floreciente que alcanzaron los españoles desde los tiempos de Carlos V y Felipe II, fue sin duda el de Carlos III: la mejor época del reinado de Carlos III, fue la del ministerio del célebre conde de Floridablanca. Vamos, pues, á bosquejar algunos rasgos de la respetable fisonomía del hombre que algunos han considerado, y no sin razon, como el ministro mas absoluto del mas absoluto monarca que se sentó bajo el dosel de los Alfonsos y los Fernandos; pero á quien es preciso tambien hacer la justicia de señalar como uno de los mejores ministros de uno de los mejores soberanos de España. Hecha esta declaracion, no se escandalicen los lectores si ven juzgados en el presente artículo al rey y al ministro con una severidad que acaso podrá parecer injusta ó infundada: el dictámen del que escribe estas líneas, que en cualquier materia supondria muy poco, en las de política no significa absoluta-

mente nada: apartado de ella, ignorante en ella, espectador de patio en la gran escena, donde agitados de recias y encontradas pasiones representan los reyes y los pueblos ese interminable drama con mil peripécias y sin un desenlace, aplaudo el lance y el actor que me agradan, y desaprucho lo que me disgusta, sin darme razon á mi mismo ni dársela á nadie del por qué de mis sensaciones. Las fórmulas de



“esto es malo” y “esto es bueno”, solo quieren decir en mi boca “tal me parece”: quedan, pues, á salvo los principios de todos los sistemas: el mío es juzgar de las cosas por el efecto que en mí producen: hartos privilegios gozan los poderosos de la tierra para que pueda importarles mucho el verse residenciados por jueces incompetentes.

Don José Moñino (conde de Floridablanca des-

pues), hijo de padres nobles, pero no ricos, nació en Hellin á 21 de octubre de 1728, cuando acababa de malograrse una expedicion del conde de las Torres contra Gibraltar, plaza poseida desde 1704 por los ingleses, y cuando firmados ya los preliminares se estaba negociando una paz entre Inglaterra y España: misteriosa coincidencia por cierto, como si el niño que entonces nacia estuviese destinado á ver con el tiempo desgraciarse bajo su administracion otra tentativa contra aquel puerto, y ajustar otra paz con aquella potencia. Reinaba entonces en España Felipe V, principe capaz y bien intencionado, que supo conquistar el reino que habia obtenido en herencia; que reprimió el poder de la inquisicion, del clero y de los grandes para aumentar ilimitadamente el suyo; que instituyó academias y seminarios, y alteró la ley fundamental sobre la sucesion al trono; que sacó en efecto á nuestro pais de la postracion é ignorancia en que le dejó el infeliz Carlos II, el Hechizado; pero que se dejó quitar ó tuvo que ceder el reino de Nápoles y las islas de Sicilia, Cerdeña y Menorca, los Países Bajos, los presidios de Toscana y el Milanesado; y aun esto importaba menos que el haber permitido á una nacion extranjera encantar por primera vez, desde la expulsion de los moros, el territorio de la Peninsula, enseñoreándose de una de las columnas de Hércules: con sola esta pérdida bastaba para que la posteridad decidiese que aunque fueron grandes las prendas de Felipe, le costó á la España ese rey mucho mas de lo que valia.

El padre de Moñino era escribano: el hijo, segun costumbre de España, no debía serlo: aqui nadie ha querido nunca ser lo que fue su padre. Moñino, destinado al foro, principió sus estudios en el colegio de San Fulgencio de Murcia, y los concluyó en la universidad de Salamanca: hecha su carrera, y no hallando modo de ejercer su profesion, hubo-se de reducir á ser escribiente de su padre por mucho tiempo: habiendo logrado despues poco á poco agenciarse clientes y crédito, sus luces naturales y adquiridas y su constancia recibieron al fin el merecido premio, viniendo á ser el abogado mas famoso de la provincia.

Había entre tanto fallecido el rey don Felipe, y sucedióle su hijo mayor Fernando el VI, príncipe benigno y generoso, débil de voluntad y de cerebro, pero que tuvo suficiente tino y firmeza para escoger y seguir el único sistema ventajoso á España en sus relaciones exteriores, la neutralidad más estricta entre Francia é Inglaterra: rey francés de cara, pero de corazón verdaderamente español, cuyos trece años de dominio, aunque no brillantes, forman la única época de paz y ventura en los anales españoles. A Fernando, muerto en 10 de agosto de 1759, había sucedido Carlos III, rey de Nápoles á la sazón, que vino á tomar posesión de la corona acompañado de una numerosa trailla de extranjeros, á cuya cabeza formaba el marqués de Esquilache, á quien S. M. confirió desde luego el ministerio de Hacienda: era costumbre de los reyes Borbones valerse de ministros extranjeros para gobernar, como se valían de suizos para su guardia; quizá creían que gobernar y subyugar era lo mismo, y que la nación era el rey, eran ellos: si hacían tales elecciones por creer que en España no había personas capaces de ocupar dignamente el sillón del despacho, se equivocaban en gran manera: Patiño, Macanáz, Carvajal, Ensenada, Bolea y Moñino, por Dios que no valían menos, sino mucho más que los Albionis y los Riperdás, los Esquilaches y Grimaldos. Los mismos extranjeros agraciados con el favor real, confesaban implícitamente los merecimientos de nuestros hombres en todas carreras, puesto que tenían que recurrir á ellos para servirse de sus luces, y quizá para brillar con su trabajo. Así Esquilache, á cuyos oídos había llegado el nombre de don José Moñino, conoció lo útil que le podía ser, y le llamó en el año de 1766 á la corte, donde habiendo desempeñado á satisfacción del ministro diferentes comisiones, fue propuesto por él á S. M. para fiscal de lo criminal en el supremo Consejo de Castilla, cuerpo de bastante autoridad todavía, aunque mucha menos que la que había ejercido en tiempos anteriores. Campomanes ocupaba allí la fiscalía de lo civil; competidor ó compañero bien temible para otro que hubiese sido elevado á tan distinguido puesto por el favor y no por el mérito; mas no para un hombre como don José Moñino. Los escritos de todo género que trazó su pluma en el ejercicio de su penoso cargo, le granjearon bien pronto en Madrid la misma consideración que gozaba en Murcia: y aunque en el mismo año de 66 fue derribado de su silla Esquilache por el célebre motín que quedó con su nombre, Moñino, hechura de Esquilache, no necesitaba ya de su protector. Esquilache, hombre avariento y egoísta, inteligente en los ramos de policía y de industria, que había limpiado las calles de Madrid y puéstoles faroles, pero que para estos gastos había agravado y no poco las cargas del contribuyente, se empeñó en ahuyentar de Madrid á los malhechores y rateros, que fue determinación muy loable; mas para conseguir su objeto prohibió el uso de la capa larga y del sombrero chambergo, que fue un solemne desatino: la capa larga y el sombrero chambergo no eran el uniforme de los ladrones: las navajas, puñales y pistolas mejor podían ocultarse en los profundos bolsillos del casaca que gastaba Esquilache mismo, que en la chaquetilla ó chupa de mangas que usaba el pueblo. Alborotóse este, apedreó las ventanas del reformador, murieron en el tumulto varios individuos de la Guardia Walona, y Carlos III hubo de salir al balcón del Palacio y hacer una transacción con los amotinados, destituyendo al ministro, invalidando la funesta pragmática sobre el traje, rebajando la tasa de los comestibles, y amnistiando á los revoltosos. La imprudencia de Esquilache había dado origen al tumulto; la imprudencia del rey lo reprodujo con doble furia, cuando ya las rabiosas imprecaciones del populacho se habían convertido en vivas al monarca. A media noche salió Carlos con su querido ministro y otras personas, escoltado por Guardias de Corps, y metiéndose en su coche se dirigió apresuradamente á Aranjuez. Nueva explosión, más temible que la de la víspera, porque el paisanaje se apoderó de toda clase de armas y tomó una actitud hostil: un cochero fue enviado á Aranjuez con una carta abierta en que se pedía á S. M. que se restituyera á Madrid: S. M. contestó que se hallaba indispuerto; pero que si el pueblo se apaci-

guaba, volvería: el pueblo se apaciguó como si nada hubiera pasado, y el rey no regresó á Madrid en ocho meses: antes trató de pasar la corte á Sevilla. De Fernando el VI se dijo que para príncipe tenía el defecto de ser hombre de su palabra: no se le podía hacer esta vez igual acusación á Carlos III. Sin embargo, la promesa de destituir á Esquilache fue cumplida: el rey, tenaz en el amor y en el odio, y que no acertaría á comprender que un ministro pudiese errar haciendo lo que S. M. aprobaba, solía decir que si no tuviera más que un bocado de pan que comer, le daría la mitad á Esquilache. Pero cabalmente Esquilache, con sus desacertadas providencias para abastecer á Madrid de viveres, había dado lugar á que se encareciesen excesivamente los comestibles: el pueblo madrileño, pues, no podía pensar como el rey; el pueblo no debía querer partir el pan con el ambicioso extranjero que se lo quitaba. Carlos, irritadísimo contra los madrileños, á quienes en su vida perdonó aquel grave desatino, se propuso castigarlos. El conde de Aranda, capitán general de Valencia, fue llamado á la corte y revestido de amplios poderes para afianzar la tranquilidad pública: diez mil hombres ocuparon las cercanías de Madrid; el marqués de la Ensenada fue desterrado por sospechas de complicidad en el motín; por la misma causa fueron expulsados al año siguiente los jesuitas; por la misma causa se ha asegurado que fueron ajusticiadas en secreto muchas personas: así cumplió Carlos III la amnistía otorgada el domingo de Ramos á vista de una inmensa muchedumbre y al lado de un fraile con un crucifijo en la mano. Hervía mientras tanto Madrid en pasquines: motivos para ellos había de sobra.

Lanzados los jesuitas de España por sugestiones del gabinete francés, al cual estaba subordinado el nuestro desde que Carlos, á instancias del ministro Grimaldi, italiano como Esquilache, celebró con aquella corte el famoso pacto de familia, muy perjudicial para los españoles, el duque de Parma, hermano de Carlos III, quiso imitar el ejemplo dado por los soberanos de Portugal, Francia, España y Nápoles, y expulsó también de sus estados á la Compañía. El pontífice Clemente XIII, que no se sentía con poder suficiente para defender á los jesuitas contra los soberanos de las grandes naciones, desahogó su ira en el mas flaco, y publicó un breve contra el edicto de expulsión del duque de Parma. Alborotáronse los reyes Borbones con el breve de su Santidad: Francia y Nápoles protestaron contra su ilegalidad acudiendo á las armas; Carlos III consultó al Consejo, y en virtud del dictámen dado por Moñino, se prohibió bajo las mas severas penas la circulación del breve. Este dictámen y el que dió sobre la ocupación de las temporalidades de los jesuitas, son los mas notables de cuantos salieron de su pluma. Era entonces obispo de Cuenca don Isidro Carvajal y Lancaster, varón piadoso, pero de cortas luces, el cual escandalizado de que el rey hubiese mandado recoger la bula *In cænâ Domini*, en la cual había fundado el Pontífice su excomunión contra el duque de Parma, dirigió al confesor del rey (fray Joaquín Eleta) una carta diciendo que la España estaba perdida en castigo de la persecución que se hacía á la Iglesia de Dios, y que la obligación del prelado era sacar de su letargo al rey para que conociese las usurpaciones que cometían sus ministros en el campo de la autoridad eclesiástica. Conmovido Carlos III con la carta del obispo y las observaciones del confesor, mandó al reclamante que representara en debida forma: dilató cuanto pudo la respuesta el obispo; pero estrechado al fin, escribió su representación, la cual fue remitida al Consejo é informada por Campomanes y Moñino, aquel en lo civil, y en lo criminal este. Para que el lector pueda juzgar á Moñino como magistrado y escritor, trasladaremos aquí el resumen de aquel dictámen, poco elocuente á la verdad como todos los del autor; pero claro, enérgico y razonado: por él se verá también cuáles eran los cargos que hacía al gobierno el escrupuloso obispo de Cuenca.

«El compendio ó argumento de la representación fué que la Iglesia estaba saqueada en sus bienes, ultrajada en sus ministros y atropellada en su inmunidad. ¿Quién creería que proposiciones tan fuertes, tan duras, no se fundasen sobre hechos crueles, violentos, ímpios y casi inauditos? ¿Quién no recelaría, á vista de exclamaciones tan terribles, que en estos años podían haber resucitado los Nerones, los Dioclecianos, los Dé-

cios, los Vitizas? ¿Podía acaso decirse más de un Enrique VIII de Inglaterra, ni de otros gobiernos que llenaron el colmo de la impiedad?»

«Sin embargo, se acaba de ver que la Iglesia está saqueada en sus bienes, por que el rey ha usado de la facultad que le conceden las bulas apostólicas para administrar la gracia del excusado, concedida en pequeña recompensa de innumerables dispendios y gravámenes de la corona, sufridos en obsequio de la Iglesia romana y de la religión.»

«Porque para esta administración y evitar todo perjuicio, se han dado instrucciones, formado juntas y creado tribunales, compuestos de ministros y personas eclesiásticas, que aparten todo recelo del menor exceso.»

«Por que el rey ha contribuido á cerca de mil congruas de párrocos y otros beneficiados é iglesias, abriendo la puerta de su paternal corazón á todos los que han querido acudir á él é implorar su real clemencia.»

«La iglesia está ultrajada en sus ministros, por que se incluyó en la quinta á un músico y dos monaguillos, y porque se puso en prisión á un tonsurado travieso y discolito, que, mas que probablemente, no debía gozar del privilegio del fuero conforme á el santo concilio de Trento.»

«Porque unos alcaldes incluyeron con ignorancia los bienes de algunos clérigos en las contribuciones del concordato, y el consejo de Hacienda lo mandó reformar.»

«Está la Iglesia atropellada en su inmunidad, por que se han sacado un desertor y otro reo de los templos con anuencia del cura, que dijo no gozar de inmunidad.»

«Porque en las gravísimas calamidades que ha padecido el reino en la repetición de años estériles, ha obligado la necesidad, ó el concepto ó fija persuasión de ella, á buscar el auxilio de granos de los eclesiásticos y de sus caballerías para las conducciones.»

«Porque á este fin se dió una orden que logró suspender el R. obispo, reformándose después en los recursos del reino de Valencia.»

«Y finalmente, porque una ú otra justicia ó por ignorancia, ó por estrechez, ó por malicia no haya observado todas las formalidades, ó haya cometido algun desorden, imposible de precaver absolutamente mientras que hubiere mundo.»

«¿No es esto lo que resulta del expediente registrado con tranquilidad de ánimo y sin preocupación? Pues ¿dónde están los saqueos, los ultrajes y los atropellamientos que se exageran? ¿Dónde las nuevas imposiciones y los arbitrios inventados por los fiscales para gravar al clero? ¿Ni en qué se fundan los vaticinios de las desgracias de España y su ruina?»

«¿Son estos los motivos porque debía negarse la absolución al rey, según lo que manifiesta la carta del R. obispo á el P. confesor? ¿Son todas estas las pruebas de que el rey ha estado en tinieblas y con los oídos tapados á piedra y lodo? ¿Y es por esto por lo que se dice que S. M. ha estado en peor situación que el impío rey Acab? ¿Así se trata á un monarca justo, religioso y piadosísimo? ¿Qué es lo que el rey no ha mandado examinar escrupulosamente ni lo que se ha ocultado á su soberanía?»

«¿Son estos también los motivos porque se ha hecho el nombre del P. confesor mas aborrecible que el de Esquilache, como se explica el R. obispo?»

«¿Podría esperarse... que se esparciesen por el mundo unas representaciones que culpan y acriminan con tanto ardor al gobierno del rey y sus ministros?»

«La publicidad de estos papeles es un hecho notorio. El fiscal tiene entendido que se han remitido á la corte de Roma, y no será extraño que también hayan pasado á otras cortes.»

«¿Qué idea formarán de nuestro gobierno los incautos, los ignorantes, los mal intencionados, cuando vean hablar á un obispo español, de bastante opinión, en el tono que manifiestan sus representaciones y cartas?»

«¿Era este el secreto y satisfacción que el R. obispo proponía en su representación, y que esperaba de las personas de su confianza?»

«Apenas se harían creíbles al fiscal que responde, estos hechos, cuando los ha sabido y tocado. Pero ello es que la experiencia ha enseñado al que responde, que, sea como fuere, se ha faltado á la confianza del príncipe; que en tiempos peligrosos y turbulentos se han divulgado unos papeles, que solo podían servir de encender el fuego de una sedición, si los vasallos del rey no estuvieran tan experimentados, y no fuesen tan amantes de su dulce y suave gobierno; que en las cortes extranjeras se han leído estas declamaciones contra el gobierno español; y que tal vez se hará prenda de sus

expresiones, por mas que se hayan fundado en hechos equivocados.»

«Todo esto clama por una satisfaccion pública.»
Tambien esta vez el voto de Moñino fué el del tribunal: despues de varias excusas, el prelado hubo de presentarse y satisfacer al Consejo.

No contento Carlos III con el extrañamiento de los jesuitas, queria obtener de la santa Sede la extincion del instituto: por aqui, tal vez, debia haberse empezado; pero empezando por aqui, tal vez no se habria conseguido nada. Muerto el papa Clemente XIII, acérrimo protector de los jesuitas, habia sido elegido para sucederle Clemente XIV, pontífice sabio y tolerante. Moñino, cuya opinion en orden á los regulares y al sostenimiento de las regalías de la Corona era bien conocida, fué nombrado en 1772 ministro plenipotenciario nuestro en Roma. Llegado allí á principios del año siguiente, se dedicó con afan á obtener del Papa la abolicion de la Compañía. Clemente XIV se hallaba sumamente remiso; no se atrevia á destruir una corporacion tan poderosa, y aun decia que la bula de supresion habia de costarle la vida. Firmóla por fin, y pasóla á Moñino; pero apenas estuvo en su poder, se arrepintió el papa; y consultando el asunto con el padre Bontempi, sujirió este al Pontífice que pidiese la bula á Moñino, con pretexto de hacer en ella unas enmiendas. Autorizado Bontempi con el beneplácito de S. S., fué al otro dia á pedir la bula á nuestro enviado: hallábase á la sazón en compañía de Moñino el cardenal Zelada, enemigo de los jesuitas; y oyendo el mensaje del religioso, hizo una seña á Moñino, la cual, aunque no la comprendió Moñino, le dió á entender que el cardenal tenia que hacerle alguna advertencia. Dijo el fraile que iba á hablar dos palabras con el cardenal; entráronse; el cardenal manifestó sus recelos de que el Pontífice quisiera recoger la bula para quedarse con ella; y Moñino con esto, salió y respondió al padre Bontempi, que la bula estaba así bien, y no habia necesidad de enmienda ninguna. Quedó, pues, firmada la extincion de la Compañía de Jesus; pero los presentimientos del papa no tardaron en cumplirse. Al año siguiente murió Clemente XIV, y segun algunos, fué de veneno.

Importaba mucho á la corona de España, y en general á los monarcas Borbones, que resultase elegido papa un personaje de su devocion. Ningun testigo mas abonado para referir lo que pasó en la eleccion del sucesor de Clemente, que el mismo Moñino. En un papel que años adelante escribió para Carlos III, dándole cuenta de su administracion, dice lo que vamos á insertar en seguida, traduciéndolo de la traduccion francesa que D. Andrés Muriel hizo de dicho documento: copia del original no la tenemos. Así como por el trozo del expediente acerca del obispo de Cuenca se puede juzgar á Moñino como juriscónsulto, por este se le podrá conocer como diplomático.

«Al morir Clemente XIV, (dice) quedó el sacro colegio dividido en varios partidos, no menos encarnizados entre sí, que violentos por su naturaleza. El mas poderoso era conocido por el nombre de los celantes ó opuestos á la corona, los cuales, atizados por los ex-jesuitas y sus muchos protectores, pretendian que la cátedra de S. Pedro necesitaba un papa firme y vigoroso, que restableciese los derechos de la santa Sede, que suponian, ó del todo desatendidos, ó frecuentemente violados, y reparase las injusticias que atribuian al papa anterior. Estas insinuaciones del partido de los celantes, daban á entender, que si lograban elegir un papa á su gusto, trataria de echar por tierra las actas de Clemente XIV, con lo cual se turbaria la paz de la Iglesia y de los príncipes católicos: solo el que se renovara la bula *In cæna Domini*, bastaba para producir muy funestas consecuencias. Si á esto se añadia el restablecimiento de los jesuitas, reproduciéndose las turbulencias ocasionadas por el papa Rezzonico en Parma, España, Francia, Nápoles y Portugal, se hubieran originado grandes disensiones.»

«En tales circunstancias, fué necesario formar en el sacro colegio un partido que constara de la tercera parte y algo mas de los cardenales. V. M. sabe, que para que tenga lugar la eleccion de papa, los votos de las dos terceras partes de los electores, reunidos en cónclave, han de convenir en el nom-

bramiento de una persona. Con la tercera parte de votos, y uno ó dos mas, que el ministro de Francia, y yo que lo era de España, llegamos á reunir á favor de las coronas, teniamos un medio para excluir constantemente al que no nos conviniera, y evitar que se eligiese un papa que pudiera sernos contrario. La gran dificultad consistia en mantener la union de los diez y seis ó diez y siete votos que formaban este tercer partido, y procurar su aumento; cosa muy difícil en vista del genio, edad, intereses y concesiones de cada uno de dichos cardenales. Afirmo á V. M. que sobre este punto empleé una vigilancia continua, y nunca podré ponderar mis afanes y las dificultades que se ofrecian. Los cardenales de Bernis y de Luynes, sobre todo el primero, que estaba encargado del voto de la Francia; Conti que lo estaba del de Portugal, y Orsini del de Nápoles, me ayudaron cuanto pudieron; pero encerrados en el cónclave, y sujetos á sus formalidades, no podian tomar parte en las combinaciones exteriores, que tambien en aquella corte tienen gran influencia. El cardenal de Solís llegó al cónclave el último; y aunque se portó muy bien, como no conocia dónde se hallaba, ni sabia el carácter de las personas, ni la lengua del pais, anduvo expuesto á grandes apuros.»

«Entonces discurrí yo que aunque perdiésemos el poder de exclusion, que llaman «el voto de las coronas,» perdimos bien poco, puesto que no teniamos mas que un candidato, y esto antes que la eleccion se hubiese verificado: por consiguiente, nos hallábamos en la alternativa ó de vernos sorprendidos de repente con la eleccion del papa en quien menos se pensaba, como le sucedió al cardenal Portocarrero y á don Alfonso Climent cuando fue elegido Clemente XIII, ó de ver á los celantes, despues de haber excluido uno dos ó tres, elegir á un miembro fogoso de su propio partido. Estos inconvenientes y otros que callo, me determinaron á recurrir á otro expediente tan seguro como atrevido, segun las ideas de aquel tiempo. Habiendo visto en los cánones antiguos y bulas primitivas que tratan de la eleccion de prelados, y sobre todo de la de papas, que aunque la eleccion pertenece al clero, debe intervenir en ella el pueblo tambien, declaré que siendo los soberanos cabezas y representantes del pueblo cristiano, su consentimiento debia acompañar ó preceder á la eleccion del papa; que esta seria nula, si faltaba dicho consentimiento real y efectivo, y la Iglesia se exponeria á un cisma, y Roma á mil desastres por la efervescencia de los partidos.»

«La fuerza de mis razones sostenida por los cardenales que estaban por nosotros, principalmente el cardenal Bernis que deseaba la paz de la iglesia y la conclusion del cónclave, produjeron el efecto deseado y determinaron al sacro colegio entero á conformarse con el principio de concertar la eleccion con las dos coronas. Sin embargo, cerca de tres meses pasaron sin que se hubiese dado con una persona que agradase á todos. Los celantes se habian declarado en favor de los dos hermanos cardenales de Colona, prelados de gran autoridad y consideracion por su nacimiento y porte; pero por su misma austeridad de costumbres y sus conocidos principios respecto de las inmunidades y preeminencia romana, propendian poco en favor del sistema de tranquilidad y armonía adoptado á la sazón por las córtes y aun por el sacro colegio.»

«Convencido de que con el terció de votos que conservábamos á duras penas, era imposible elegir un papa amigo, propuse á V. M. que volviésemos los ojos á un cardenal que por su saber, carácter y principios y por la persuasion de deber su eleccion á España, podria hallarse dispuesto á favorecernos en todo lo que fuese compatible con la justicia. Habia yo tenido antes relaciones de oficio y de confianza con el cardenal Braschi, por ser tesorero de la santa Sede, y habia notado en él un natural franco y honrado, aunque algo violento, saber nada comun, carácter generoso, y sobre todo un trato seguro, fidelidad á su palabra y una decidida pasion de fama. Este cardenal habia comenzado su carrera en tiempo de Benedicto XIV, y aunque aficionado á los celantes por agradecimiento á los Rezzonicos, era evidente que su doctrina y principios se di-

ferenciaban mucho de los de aquel partido.»

«Estas observaciones mias me las confirmó despues otro cardenal, hoy difunto, que era apasionado de las coronas. Habiéndome por medio de él asegurado de los verdaderos principios de su amigo el cardenal Braschi, representé á V. M. que este era el único expediente que nos quedaba para cerrar con honor un cónclave tan largo y dividido. Aprobóseme dictámen, y tuve la felicidad de obtener el asentimiento de todos los embajadores y ministros de las coronas, entre las cuales habia algunos que personalmente estaban en contra de Braschi; y habiéndome autorizado para obrar como quisiera, el sacro colegio siguió sin dificultad su ejemplo. En su consecuencia, en la mañana del 14 de febrero de 1775 escribí esquelas á los cardenales de Solís, de Bernis, Orsini, Conti y Migazzi, que tenian los votos de España, Francia y Portugal y Viena, dándoles parte de que se habia convenido en proceder á la eleccion unánime del que se llamó despues Pio VI.»

«Una circunstancia singular ocurrió en el escrutinio de la mañana, que prueba la influencia del rey de España en el cónclave. Hallándose casi todos los cardenales reunidos para la eleccion en la capilla Sixtina, é informados por mis esquelas de la disposicion de las coronas á favor de Braschi, principiaron á deponer sus votos abiertos en la urna. Cuando se habian declarado así, entró en la capilla el cardenal de Solís, que por casualidad se habia detenido; y no habiendo recibido mi voto, rehusó dar en nombre de V. M. su consentimiento para continuar la eleccion; y por mas que los otros cardenales de las coronas le enseñaban mis esquelas, no solo no pudieron convencerle, sino que protestó contra el voto de ellos. La protesta admiró y embarazó al Sacro colegio, sin dar lugar á otras discusiones: los cardenales sacaron los votos de la urna y se hizo nuevo escrutinio. Pero al fin del acto, cuando los cardenales salieron de la capilla, Solís recibió mi esquela, y todos concurrieron sin dilacion unánimemente á reconocer á Braschi por sucesor de San Pedro, y á prestarle su homenaje aquella tarde misma: la eleccion fue proclamada al dia siguiente.»

Honra mucho á Moñino la sagacidad con que dirigió este negocio: honra mucho al rey de España verle casi dando un Pontífice al orbe católico; pero ¿qué fiel no se indigna cuando ve cruzarse para la eleccion del vicario de Dios en la tierra, los mismos manejos, las mismas exigencias y las mismas pasiones que relativamente juegan en el nombramiento de un ministro, en la eleccion de un diputado ó de un triste alcalde de monterilla? Las consecuencias de esa observacion son por desgracia harto fáciles de concebir.

(Se continuará)

J. E. HARTZENBUSCH.

VIAJES

À LAS PROVINCIAS VASCONGALAS

ASOMANDO

LAS NARICES EN FRANCIA.

ARTICULO IV.

DEVA, Y GEORGIA ESPAÑOLA.

Los tamborileros visitaron al romper el alba todas las casas del pueblo, empezando por la del alcalde y acabando con la del último de los forasteros, hasta que cansados de alborotar las calles con su sencilla orquesta, se situaron en la plaza, tocando zorzicos, é inquietando con tan alegre música á las mozas y mozos del pueblo, que bailaban ni mas ni menos que si tuviesen el baile de San Vito. Soltóse, á petición de los aficionados «la vaca del aguardiente», y á las diez empezó la corrida de novillos, que duró hasta las seis de la tarde; haciéndose una tregua de doce á dos para lastrar los estómagos. El zorzico que se bailó por la tarde fue puesto en escena por la aristocracia masculina del pueblo, á cuyo cargo estaba la correspondiente cuadrilla de las mayorazgas y ricas hem-

bras de aquellos alrededores.—Aplazamos para otra ocasión mas oportuna la relación circunstanciada del zorzico, y baste decir ahora, que en la tarde de que hablamos, salió á bailar en medio de la plaza la gente principal de Deva y sus alrededores.—Echado ya el sello á la función con ese distintivo peculiar del país, tomaron parte en la fiesta cuatro franceses, que en caravana y en familia iban haciendo (el oso, inclusive) lo que podían, para ganarse la vida, en terreno enemigo. Tenían entre sí las relaciones que les acomodaba; pero designábalos la opinión pública, que siempre va mas allá de donde debiera, con los nombres de marido, mujer, hija y cuñado. La verdad es, que eran tres franceses sin sexo conocido, especie que abunda mucho en el vecino reino, vestidos de hombre dos de ellos y de mujer el otro, con una criatura pequeña, de la cual no importó el sexo, puesto que el tonelete hace á todo. Llegó mi gente á Deva, en ocasión de estarse preparando una fiesta; y como no había cafés donde tocar el organillo, ni máquinas de vapor que dirigir, ni era oportuno, en fin, anunciarse como cambiantes de ropa, ó prosélitos infalibles y asimilables de M. Daguer, pidieron permiso á la autoridad para hacer volatines en la plaza. Sin miedo de jurar en falso se puede afirmar, que cuando esas gentes pasan el Pirineo, no saben mas (y harlo saber es) sino que vienen á España á sacar la tripa de mal año. Esto es tan exacto, que el jefe de los saltimbanquis á quienes nos referimos, hacia retratos al Daguerrotipo por la mañana, era *clown* (y el que no pueda decir la palabra, que no la trague) por la tarde, y de noche tocaba la flauta, los platillos, el bombo y los chinoscos. El individuo francés que portaba faldas, empezó la función tomando una espada desnuda y diciendo en medio de la plaza:—“Señores, mi estoy francesa, estoy también muquer, y desafío á ustedes con mi espada; si alguno quiegue batirse conmigo, aquí lo esquivo.” El público no se dió por entendido de aquel reto, y así se proclamó la destreza del francés hembra en el manejo del florete. Siguiéronse á la tal habilidad ciertos saltos de carnero, por los individuos de la compañía gimnástica, y dióse comienzo á la novillada. De esta parte de la diversion poco ó nada debiéramos decir, pues el entusiasmo que inspira la gente de cuatro orejas en el pueblo español, es con corta diferencia igual en todas partes; pero hay incidentes en esas funciones, que aunque á primera vista parezcan insignificantes, examinados con detención revelan todo el carácter de un pueblo, y abonan todo un sistema de administración judicial. Preciso es, en semejantes casos, echar mano de la filosofía y mezclarla con unas gotas de observación, para que no se escape nada de cuanto pueda contribuir al examen detenido y exacto de las costumbres de los pueblos, que se sujetan al análisis crítico en un crisol filosófico. Hé aquí la razón de que nosotros tomásemos acta del entusiasmo taurómico con que los aficionados de Deva se arrojaban á la res, y de la docilidad con que retrocedían á la menor insinuación, no ya del alcalde, sino de cualquier anciano del pueblo ó forastero. El respeto con que miran la autoridad civil, y mas aun la de las canas, los *vascongados*, es el mejor elogio de su cultura é ilustración. Y para prueba del amor fraternal que se profesan entre sí, basta citar un hecho que presenciásemos aquel mismo día, y que no se borrará jamás de nuestra memoria. Quiso capear el novillo un hombre ebrio, y convencidos sus paisanos de que para separarle de tan temerario empeño era preciso conducirlo á su casa, lo hicieron así, abandonando para ello la diversion que habían suspirado por espacio de un año. Noble y generoso era el afán con que ansiaban todos acompañar á aquel infeliz temerario! Pequeña página ofrece ese hecho á la cartilla de los legisladores; pero grandes ventajas pudiera reportar el estudio de ese rasgo y otros muchos que forman la historia filosófica de los pueblos. Leyes que hagan hombres, señores políticos, y déjense Vds. de teorías! Cierta y muy cierta será la diferencia de las pasiones en los países meridionales ó del norte; pero cuidado con descartarse para todo con el sol, porque si damos lugar á que se le inflen los carrillos y nos calienta á todos por igual, entonces veremos, mal que nos pese, que hay vicios en los países del mediodía, de que no puede ser responsable el sol, por aquello del diablo

y el fraile. Y allá va el cuento para que Vds. lo apliquen, y á mi no se me indigeste. Era día de vigilia con abstinencia de lactinios, y no teniendo un novicio pecadorcillo otra cosa que le tentase á quebrantar el precepto, sino unos huevos adquiridos sabe Dios cómo, se puso á discurrir medios de freirlos, hasta que le ocurrió hacer sartén de un sombrero viejo; y á tiempo que aplicaba sus utensilios á la luz del velon, entró el maestro de novicios y le dijo:—Oiga, hermano, así cumple con el precepto del ayuno?—Padre nuestro, replicó el novicio, no tengo yo la culpa, sino el diablo que me tentó.—Miente el truchiman, gritó el diablo, que por casualidad se hallaba tras de la puerta; pues para mí era desconocido ese método de freir huevos. Con que repito, señores socialistas, que no hay que exponerse á que el sol del mediodía les diga otro tanto á Vds.

Corrióse por fin de fiesta un becerro de muerte, y los caballos de los picadores le servían de arcos de triunfo al animalito, que pasaba y repasaba por debajo de ellos, como si le faltase un palmo para tropezar con las astas en la tripa de los jacos, que mas de una vez dieron con sus ginetes en tierra. Aficionado era también el espada, y se presentó con bastante serenidad ante el vicho; pero era el caso que no había toro suficiente para envainar el hierro, y fue preciso buscar otro género de muerte mas seguro; así que, lo mataron... á pesadumbres entre todos los aficionados. Siendo tal el efecto que hizo en el vicho la congoja de los lidiadores, que fue preciso Dios y ayuda para encontrar despues su cadáver entre el polvo de la plaza. Tamaño como un perro dogo se quedó el toro de muerte apenas entregó la jeta á los taurómacos. En los días siguientes hubo asimismo corridas de novillos que no ofrecieron nada de particular, si se exceptúa el agua que cayó al anochecer de uno de ellos. Pero aun eso no merece citarse aquí por la sencilla razón de que no causó los efectos ordinarios del bautizo, gracias á un sombrero inverosímil, cuya ala fabulosa daba sombra á un radio de doce varas, en cuyo término nos cobijamos casi todos los circunstantes. La señora propietaria de aquella alhaja nos hizo un servicio que no olvidaremos mientras exista la levita que defendimos aquel día bajo la enorme pantalla de su sombrero. Y si en algun tiempo la ocurriera venir á Madrid y encontrara medio de conducir su sombrero, nosotros la daremos traza para que lo introduzca á la casa en que se aloje; los muebles que no pueden entrar por la escalera, se suben por el balcon y en paz.

El día de San Roque hubo función de iglesia por la mañana y nos predicaron un sermón en vascuence, del cual no entendimos una palabra siquiera. Faltando poco para que negásemos la persona de la Santísima Trinidad, por habernos dicho que eran *Aita, Semea y Espiritu Santua*. Con el tercero transigimos mas fácilmente; pero los primeros nos parecían intrusos. En la procesion que salió de la iglesia parroquial de Deva, para conducir el santo á su hermita, había entre otras una cosa notable en alto grado, que tendrá algunas parecidas, pero que no encuentra compañera en ningun pueblo de España. Delante de San Roque, á quien llevan en andas los mozos del pueblo, marchan ocho jóvenes aldeanos, en mangas de camisa, con pantalon blanco, y llenos de cintas y lazos de todos colores, inclusa la banda de Carlos III que llevaba uno de ellos. Con la espada desnuda en la mano, y la boina encasquetada, hacen parar de vez en cuando la procesion; se presentan dos á dos delante del santo, y saltan y brincan dando estocadas al frente, hasta que el ejercicio les hace regar el suelo con el sudor de su cuerpo, y los aplaude el público, que sale á ver la *espatadanza* (ó danza de espadas), pues así se llama esa broma. Del rey David y del arca de la Alianza dicen ellos que viene por línea recta esa ceremonia; y como nadie ha dicho cosa en contrario, dánle á San Roque ese día mas estocadas que pelos tenían todos los pestilentes que curó el santo bendito cuando andaba por el mundo.

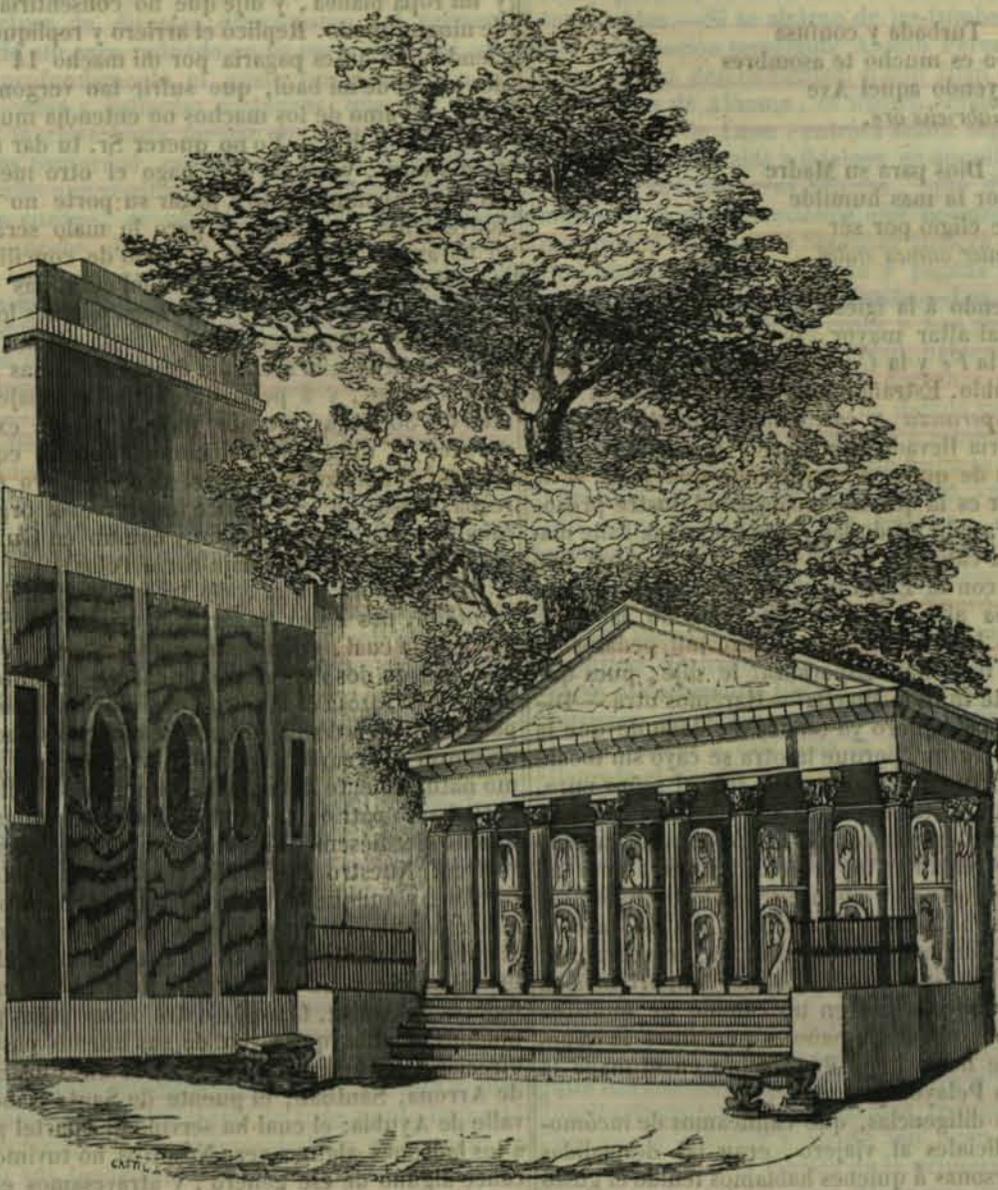
De noche nos dábamos á bailar, forasteros y naturales, en el salon del ayuntamiento, mientras el pueblo bailaba zorzicos en la plaza, al son del incansable tamboril, cuyo movimiento constante pudiera poner en camino del movimiento continuo á los aficionados.—Hay en la villa Mont-Real de Deva, penúltimo

puerto de mar de la muy N. y M. L. provincia de Guipúzcoa por la costa de Poniente, una persona á quien precisamente ha de conocer el forastero, apenas llega allí, con quien se ha de entender para todo, y á quien ha de buscar para cuanto le ocurra durante su permanencia en Deva. Aun no ha buscado alojamiento, abierto el baul, ni entregado el pasaporte, y ya el nombre de Martín Félix ha llegado cien veces á sus oídos, y en cien distintos sentidos por lo menos. De nada le sirve preguntar quién es Martín Félix. Martín Félix, dicen los devanos, es Martín Félix; y en verdad que no se puede contestar otra cosa. Raro es el pueblo que no posee un hombre de esos que llevan la voz en todo, y que así sirven para dirigir unas elecciones, como para llevar el estandarte en un rosario cantado; pero el aura popular del héroe de Deva va mas allá de lo imaginable; y si él refiere su vida á algun novelista discreto, Gil Blas de Santillana habrá de rendirle párias en lo aventurero. No es propio de este lugar detenerse á referir algunos lances de los muchos que le ocurrieron á Martín Félix en tiempo de la *afrancesada*, como él dice; pero baste saber que casi todo el caudal que hoy tiene le hizo estando prisionero en un pueblo de Francia.—«Me di á vender vinos, refiere, y con mis relaciones y mis jácaras despachaba cuanto queria. Las primeras botellas que servia á los franceses, eran Champagne; las segundas idem, con partes iguales de agua en las copas, y cuando ya iban estando borrachos, agua pura en botellas de á ocho francos.» Por cuyo solo hecho merecía Vd. el toison de oro; le dije yo cuando me lo contaba. Y él me añadía:—Pues si á eso fuéramos no había cruces bastantes para premiar mi ingenio, porque he jugado muchas de esa clase, á ingleses y franceses. Mientras duraron los novillos su nombre se oía por todos los ángulos de la plaza, mezclado con los gritos de los aficionados que pedían ¡la buey! (con su concordancia legitima.) En aquellas momentos no nos extrañaba la popularidad de Martín Félix, porque era el empresario de los novillos; pero al subir al salon del baile, donde al parecer no había destino visidle que darle, nos le encontramos en medio de la sala haciendo de bastonero, con un chascás calado hasta el cogote, y un uniforme colorado de un comandante inglés, que había muerto en San Sebastián cuando la última guerra. Los bailes de los tres días estuvieron muy concurridos, aunque no muy alumbrados, por estar agonizando en aquella época el escote que hicieron los forasteros para luces y escobas, cuando llegaron allí á tomar baños.

La población de Deva es corta, pero aun cuando hubiese tenido mas habitantes que el mismo Londres, las fiestas que en aquellos días se celebran nos dispensaban de irlos visitando casa por casa; y gracias á ellas, pudimos observarlos de un solo golpe de vista á todos. En las primeras horas de la mañana, salíamos á dar un paseo por la hermosa playa de Deva, que es sin duda alguna la mas cómoda y mas extensa de todos los puertos de mar que hemos visitado en nuestra expedición. Las lindas madrileñas que estaban allí tomando baños, y las graciosas guipuzcoanas, que á igual deleite se entregaban, hacían su *toilette* de madrugada, entre las informes rocas que guarnecían la playa. Alojábanse generalmente dos á dos, pero conservando el sexo, en las caprichosas grutas, que húmedas y algo mas, dejara el reflujó de las olas; y en aquellos rústicos gabinetes se despojaban de sus sencillos trajes, dando al aire los interesantes misterios de su ropa interior, á la que pronto reemplazaba una cumplida bata de percal. Sentada sobre aquellas peñas, y con la paleta de artista en la mano, vimos mas de una vez á nuestra apreciable compatriota la señorita doña Emilia Carmena, á cuya amabilidad debemos el poder ilustrar estos artículos con algunos de los muchos dibujos que, despues de su viaje á las provincias Vascongadas, enriquecen hoy el estudio de tan distinguida jóven. El juego de pelota ó *pelotalecua*, como dicen por aquella tierra, es una de las mayores diversiones que conocen los vascongados. Atraviésanse sumas enormes en los partidos de pelota, y se anuncian los desafíos de los jugadores en el *Boletín oficial*, especialmente cuando los de un pueblo retan á los de otra villa cualquiera. Entonces hay aquello de: “Sepan cuantos, etc.” y dificilmente se encontrará un pue-

blo en el pais vasco-navarro, donde falte un juego de pelota en el que pueda jugarse á lo largo (*lucera*) á rebote (*rebotera*) ó á la pared (*bleca*). No hace falta en Deva semejante requisito, y uno de los dias que pasamos allí, tuvimos ocasion de presenciár uno de esos partidos formidables, que dejan desierta la poblacion y los alrededores, atrayéndose todos los aficionados, ó lo que es igual toda la gente; pues no se da en aquel pais carta de naturaleza al que no tenga aficion á la pelota. Doscientos treinta y ocho pies de largo y veinte y siete de alto tiene el juego de que hablamos, y cuando nosotros acudimos, estaba cerca de gente por todos lados. A duras penas conseguimos hacernos plaza y tomar asiento junto á los señores jueces de la funcion, á quienes llaman *juezac*, por la misma razon de idioma que distingue al que tantea con el nombre de *arrayalarria*. La ansiedad que se retrataba en el semblante de los concurrentes antes de empezar el juego, crecia de punto cada vez que la pelota hendia el aire impulsada por la mano del jugador, ó cuando obediendo á su flexibilidad-elástica, se despedia de la pared, á donde la remitieran mal de su grado. Los jugadores tenian en el público diferentes grados de simpatias, y esto ocasionó partidos que se disputaron muy buenos cuartos.—*Berroquei errial saquiarem alde*, dijo (en griego para mí) un caballero que estaba á mi izquierda, y habiéndoselo oido repetir en tono de pregon al que tanteaba, me volví á un capellan de Plasencia que estaba á mi derecha, y le pedí por Dios esplicaciones de lo que allí pasaba.—Esto quiere decir, me respondió con sumo agrado, que ese caballero, pone *cuarenta reales á favor del saque* y que ese otro está allí para repetirlo. Los jueces son depositarios de todo el dinero que se atraviesa, ya sea entre los jugadores, ó entre los profanos.—Y dígame Vd., le repliqué, ¿son de fiar los jueces?—No alce Vd. tanto la voz me dijo, porque aquí no se conocen esos abusos de confianza. Ha de saber Vd. que aunque la apuesta llegue á 20 duros, cosa que sucede alguna vez, se deposita en manos de los jueces, y no hay cuidado de que ocurra la menor infamia. Advirtiéndome que son elegidos al acaso, y sin otros méritos que los años y la casualidad de encontrarse en el sitio de la apuesta. Pero su fallo es irrevocable; y en todas las dudas que ocurren sobre si la pelota es falta ó no ellos deciden sin apelacion. Las palabras del buen cura en Andalucía no nos hubiesen dado frio ni calor, porque el amor patrio es capaz de eso y de mucho mas; pero el silencio que allí reinaba, y la nobleza de los jugadores, nos confirmó bien pronto cuanto acabábamos de oír. Las mujeres estaban tan entusiasmadas como los individuos del sexo feo, y poco le faltaba para llorar como una Magdalena á una vieja que estaba allí, porque se iba introduciendo el jugar con guante. *Guan-tia*, decia, *no hace buena jugador*. Profanos, nosotros, á los detalles de semejante diversion, no podemos decir nada sobre el mérito de aquellos jugadores, llamados Pachico, Mendizabal, el Estudiante y D. Victor; pero este último, que era capellan, á pesar de la chaqueta y de las alpargatas, con su compañero el Estudiante, nos parecieron superiores á sus contrarios; á quienes, en honor de la verdad, no les faltaban pier-nas ni conocimientos *facultativos*. Oíase cuando la pelota se lanzaba por los espacios imaginarios (cosa que allí se encuentra una linea mas alta que la pared), oíase, repito, decir, *ordec*; y ya habia la tal palabrita *orde*.... (saquen Vds. la raíz cúbica) mi imaginacion cuando me ocurrió si querria decir, *ahí va!* como el caballo de copas; pues apenas daban la voz, cuando la prófuga volvia al juego por donde se habia escapado. Despues supe que no habia pensado ningún disparate, porque al otro lado de la pared hay unos muchachos que por aficion persiguen de muerte á las desertoras. Y como este pícaro mundo ha de decir quién es en todas partes, mientras los jugadores rabian porque se les escapa una pelota, los chicos sienten que no se les escapan todas.

logo-humismáticas que nosotros; pero en cambio, y gracias á un libro que nos regalaron allí, podemos decir con su autor D. Pedro José de Aldazabal y Murguía que «la Iglesia Matriz de la Villa es una de las mas Suntuosas; y bien fabricadas; (*punto y coma*) que hay en este Pais; y tiene un Claustro tan Primoroso que no le hay Higual en muchas Provincias.» Y tiene tanta razon el Sr. Aldazabal, en lo que dice, que yo,



El árbol de Guernica.

hasta le perdono las letras mayúsculas y me es *H*-igual (con *h* y todo) que no diga nada mas en las 300 pájinas que tiene el dichoso libro: util, hasta para arder en un candil, si no fuera por la buena fé con que su autor almacenó en él los milagros. Y es mi voluntad, por si alguna vez se perdiere, que los lectores sepan de memoria el título, para que *nadie le mueva, si no tuviere su paciencia á prueba*. El título en resumen viene á decir así: *Brebe (300 pájinas en cuarto) historia de la aparicion del mas luminoso astro y brillante estrella de la mar, la milagrosa imagen de María Santisima de Yziar, esto es estrella (1) singularisima protectora de los Navegantes, & & & Esas etceteras no estan en la portada del libro; las pongo yo por no abusar de es-*

cer el primero. El susodicho autor, de la susodicha breve historia, empieza diciendo, que hubo tres impedimentos para retardar la publicacion de su obra; pero que por fin los venció; (de que doy fé, desgraciada-



te episodio, que me he permitido, sin poderlo remediar, y concluyo pidiendo al cielo con toda mi alma, que á los autores de semejantes libros les ponga mas impedimentos que al Sr. Aldazabal, ó no les deje ven-



Claustro de la iglesia de Deva.

mente.) Por lo que se conoce que no tuve yo parte en ninguno de ellos. Hasta que he visto ese libro no me han dado envidia los que vivian á fines del siglo pasado. Confieso á Vds. que hubiese dado cualquier cosa por

(1) Advierto á Vds. que la estrella no es el libro, sino la palabra *Yziar*. (Y esto es nota.)

Despues de vista la playa de Deva, no nos quedaban grandes cosas que admirar allí, y determinamos ponernos en marcha; no sin haber visitado primero la iglesia parroquial, y evacuado varias otras diligencias, á que la gratitud, la educacion y otros embelecocos tan incómodos para viajar como los citados, nos obligaban. En la primera de aquellas visitas no hubiese faltado que admirar, á ciertas gentes mas arquitectónicas y arquéo-

poder decir á los censores del *astro luminoso*. ¿Qué quieren Vds. hallar en ese libro *contra la fe*, cuando se ha escrito sin caridad? Además de las censuras de la tasación y de la fe de erratas, tiene para hacer boca, un prólogo al lector, una dedicatoria, dos intenciones, un designio proemial, y unas canciones; de las cuales y para muestra, he podido escatimar estas estrofas.

Turbada y confusa
no es mucho te asombres
oyendo aquel Ave
Gabrielis ore.

Dios para su Madre
por la mas humilde
te eligió por sér
Inter omnes milis.

Y volviendo á la iglesia de Deva, digo que apenas llegué al altar mayor, paré la atención en dos estatuas de la *Fé* y la *Caridad* que estaban solas en lo alto del retablo. Estrañóme bastante no ver allí á la hermana *Esperanza*, y casi estuve á punto de creer si se la habria llevado don Carlos á Bourges: pero me persuadí de que por muy grande que fuese la de Deva, mayor es la que tiene consigo el ilustre prisionero. Y para salir de dudas... me fui por la calle mayor; volví la cabeza y le dije al sacristan:—Qué han hecho Vds. con la *Esperanza*?—Cuál, me preguntó; la que estaba allá arriba?... Pues qué no sabe Vd. que se cayó hace un mes, y se hizo mil pedazos?—Con que ya no teneis *Esperanza*? le dije; pues qué haceis en este mundo sin ella?—Harémos otra.—Dichosos vosotros!—Pero yo tendré cuidado de que la pongan muy segura, porque la otra se cayó sin tocarla nadie: afortunadamente estaba solo el señor cura, porque yo fui á Vitoria á ver las juntas sobre los fueros.—Es decir, que se rompió la *Esperanza*, cuando se trataba de reclamar los fueros...! Pues la cosa no tiene malicia; pero en cuanto se advierte! Estoy seguro de que si ha llegado la noticia á Madrid, la *cueva de San Martín* (1) ha cambiado de temperatura. La caída de la esperanza tiene mas importancia en los fondos públicos que en un cambio de ministerio. El día en que los españoles perdamos la esperanza, lo que no es imposible, sobra en el mapa la patria de los Pelayos.

Las otras diligencias, que calificamos de incómodas y perjudiciales al viajero, eran las despedidas tiernas de personas á quienes habíamos tenido el gusto de conocer cuarenta y ocho horas antes de dejarlas para siempre tal vez; y en obsequio á la brevedad y al sentimentalismo las endosamos á favor de la patrona. Una docena de tarjetas, y el consabido *se despide*, en cada una de ellas, nos costó el ser caballeros en aquella ocasión. Si siempre fuera así, escusado era saber tirar al sable ó descargar una pistola, y perder en lances de honor los faldones de una levita ó el lazo de una corbata de un tiro. ¡Eso, y algo mas, cuesta muchas veces el ser persona decente!

Vencido ya tan urgente requisito, tratamos de hacernos caballeros en regla, para lo cual era preciso alquilar una caballería. Tratábase señores, de un animal, y sin embargo, ese medio de ser caballero me costó algo mas que los enunciados. Parece imposible que el sobreponerse á toda una sociedad de buen tono, cueste á veces un rasgon en una levita (que acaso de puro vieja no sirva para otra cosa) y el subirse sobre un macho, valga (en sentido inverso) 160 rs. diarios. Pero lo cierto es, que me sucedió tal cual lo cuento y algo peor; pues han de saber Vds. que al tiempo de montar á caballo, quiso mi fiel baúl hacer lo mismo; y como no cogíamos ambos (el baúl y yo) en una misma ca-

balgadura, fué preciso buscar otro jaco para mi equipaje. El alquilador de los machos (y de ser tales no pasaban, por mas ilusiones que yo quiera hacerme ahora) se sabia de memoria el *caret*, el *legem* y hasta el *necessitas*, y dijo que el baúl habia de pagar otra media onza. Amostazóme sobremanera aquella igualdad no ya democrática, sino irracional y hasta inanimada, que se queria establecer entre mi persona y mi ropa blanca, y dije que no consentiria en ella de ningun modo. Replicó el arriero y repliqué yo, diciendo que antes pagaria por mi macho 14 duros y dos por el de mi baúl, que sufrir tan vergonzoso ultraje. El amo de los machos no entendia muy bien el castellano y dijo:—Yo no querer Sr. tu dar mas que media onza, y la baúl que pago el otro media.—Si mi baúl se compromete á pagar su porte no hay inconveniente, contesté yo; pero lo malo será que no lo harás así; y si lo citais á juicio de conciliación, y le embargan, saldránme á mí del cuero las correas; así que lo mejor será que nos acomodemos los dos en un macho. Púsose en práctica esta última resolución, sustituyendo á la silla de montar unas *artolas*. En las cuales, y á pesar de que mi equipaje no pasaba de 30 libras (puesto que no pagaba exceso de peso en la diligencia), hicimos perfecto equilibrio ambos: él á la izquierda (del macho) y yo á la derecha. Hasta en ese trance conservé el orgullo de caballero. De ese modo, muy comun en Guipúzcoa, emprendimos nuestro viaje hácia Tolosa.

Media hora larga, de preparar por malditísima montaña, nos costó llegar á la ermita de San Roque, de la cual, y un sermón en vascuence, habíamos sacado dos dias antes la cabeza caliente y los pies frios. Gozosa el alma con el pintoresco paisaje que palmo á palmo íbamos descubriendo, no se acordaba de mover los remos para insinuar al macho; que como naturalmente de aquellas montañas, y lleno de entusiasmo pátrio, caminaba á paso de tortuga, para que no perdiésemos ninguna de aquellas bellezas silvestres. Nuestro escudero habia sido sargento de la facción; y aunque al principio negaba haber pertenecido á las filas carlistas, apenas le dimos cuerda elogiando al caudillo Zumalacárregui, rompió el hombre á hablar y no lo dejó en todo el camino. Los montes de Anduz, famosos entre otras cosas por los muchos novillos que viven de sus buenos pastos, se ofrecieron á nuestra vista; y tras de ellos los caserios de Arona, Santuan, el puente de Santa Isabel y el valle de Ayubia; el cual ha servido de cuartel general á los ladrones alguna vez. Nosotros no tuvimos percance alguno de ese género, y atravesamos el pueblo de Cestona, apeándonos en la hermosa casa de baños que se encuentra media legua mas allá. Y es de advertir aquí, que la hermosura no está precisamente en los baños, que parecen unas garitas de centinela, sino en la parte de fonda (y sigo). Los pueblos de Azpeitia y Azcoitia tienen fama de producir mujeres bonitas, y hácia el primero de ellos dirigió sus pasos la *huida de Egipto*, pues tal parecíamos el escudero, la mula y yo, subiendo cuevas y bajando riscos. El gran monte de Izaraity, desde cuya cima se descubre toda la costa de Guipúzcoa, parte de la de Vizcaya, y todos los mares de Francia, se ofreció bien pronto á nuestra vista. El camino estaba cubierto de trozos de mármol, destacados de aquella inmensa mole de jaspe, cuyos variados colores se multiplicaban de una manera sorprendente y vistosa, con los rayos de sol que se truncaban al chocar en aquella escabrosa superficie. Claro y hermoso es el cielo que allí se descubre, y desde el pie de la montaña parece que ésta ha rasgado el manto azul que la sirve de dosel. El monte Izaraity, visto á cierta distancia del camino, es un actor gigante que tropieza en las bambalinas.

Las aves que trinan en lo alto del monte, las diversas flores que matizan el terreno, y las cristalizaciones silíceas que, cual limpios diamantes, brillan entre las grietas de la montaña, son un bello emblema de la creación, que el viajero abandona á duras penas, y hácia el cual vuelve sus ojos de continuo. Afortunadamente, dura largo trecho tan deliciosa perspectiva, y se llega á la Georgia española sin perder de vista el monte.

Entramos en la villa de Azpeitia con mas afición que nunca, y es mucho decir, al bello sexo; limpiando los lentes y recomendando á los ojos que

no perdiesen la favorable ocasión que se les presentaba.—Abre el ojo viajero, me dije, y haz lo que Sancho en las bodas de Camacho, por si no te ves en otra; mira que hoy llama la hermosura á tu puerta y no es bien que la des con ella en los hocicos.—Caléme acto continuo los contiguos, y sin soltar el macho paseé todas las calles muy á mi sabor: pues como el fin era pasar revista á las mujeres, nada mejor que excitar su curiosidad. Así fué que unas por verme á mí, otras por ver al macho (que algo tenia que ver) y otras por vernos á los dos, salieron todas á las ventanas, y algunas á las puertas de las casas, contestando con una sonrisa tan graciosa, como sus lindos rostros, á mis extemporáneos saludos. Excusado es decir que habia de todo y de todas; pero la generalidad de las mujeres en Azpeitia son hermosas y honran el pabellon nacional. Hay casas con tres ó cuatro hembras de familia, que mas parecen talleres de escultores griegos, que chozas de labranza. Si yo supiera que no me habia de oír ningun artista, diria que el almuerzo que hicimos en Azpeitia, nos le habia servido la Venus de Médicis, en forma de moza de parador. En fin, señores, cuando yo, que soy algo grave en ese punto, resolví hacer alto por un par de dias en aquel sitio, ya pueden Vds. figurarse qué tal seria la temperatura de que allí se goza. No sé yo si el *centígrado* alcanzará á medir los grados de hermosura de Azpeitia, pero *Reaumur* no sirve para el caso.

La iglesia parroquial es muy linda, y hay en una de sus capillas un San Ignacio de plata, tamaño natural, que pesa 8 arrobas, con un libro en la mano que dice: *ad majorem Dei gloriam*. El pavimento del templo está sembrado de sepulturas, y el epitafio de una de ellas que casualmente nos ocurrió leer, decia así: *Esta sepultura es de Miguel Saez de Goyaz y de quien él quisiere*. Dejo á la consideración de Vds. el pensar qué paso llevaria yo huyendo de allí. Mientras estuve en Azpeitia no me paré á encender un cigarro siquiera, con ningun hombre, temiendo que se llamase Miguel, y Saez por añadidura. Aun en Madrid no me creo seguro, y antes de incomodarme con alguno, le pregunto si se llama Miguel Saez; en cuyo caso le daría la razón á todo. Un hombre que lleva su liberalidad hasta dar sepultura al prójimo, debe ser un enemigo formidable.

ANTONIO FLORES.

VIAJES.

SANLÚCAR DE BARRAMEDA.

¿Quién que haya estado en Sevilla los calurosos meses del estío no ha ido á gozar en Sanlúcar de Barrameda de las apacibles brisas y de los deleitosos baños del Océano?... Casi todos los viajeros que llegan á aquella riquísima comarca, casi todas las personas bien acomodadas de las ciudades vecinas, acuden á Sanlúcar á pasar allí la temporada del verano, ansiosas de libertarse de los abrasadores rayos del sol de Andalucía en aquel recinto delicioso. Por eso Sanlúcar es en esa estación una ciudad altamente pintoresca, presentando un aspecto verdaderamente oriental, y siendo la corte de la opulencia y de la belleza andaluza. Allí las hijas de la celebrada Gádes y las del Bétis vienen á competir en hermosura y á ostentar á porfía las gracias de que plugó dotarlas naturaleza: huyen de allí los sinsabores de la vida para ceder el puesto á los placeres: las huertas y nabazos escuchan continuamente los acordados sonos de improvisadas orquestas, y confundidas todas las clases, parece renunciar la sociedad en medio de tanto regocijo á las imperiosas y refinadas leyes de la etiqueta.—Cualquiera que por primera vez contemplase aquellas escenas, se olvidaría indudablemente del país y del siglo en que vivimos: cualquiera diría que comenzaba á renacer el siglo de oro. Pero pasa la temporada de estío y los vientos de otoño vienen á dispersar tan alegres giras y la ciudad, que antes bullia en zambras, la ciudad en que habian fijado su trono el lujo y la belleza, vuelve á su natural quietud, aguardando á que los ardores de julio traigan otra vez á su seno el placer y la vida.

Mas Sanlúcar no es solo interesante bajo este as-

(1) La Bolsa de Madrid, verdadero *Judio errante* de nuestros dias, estaba en la época á que nos referimos en el patio de San Martín. Ahuyentóla de tan desabrigado lugar el frío, y el Museo la permite dar hoy dia algunas funciones en su teatro. Pero anda cierto run run, sobre haberse cumplido ya el plazo del arriendo, y piensan ponerla de patitas en la calle. Si así sucede, dudamos que encuentre acomodo, porque es muger muy corrida, y la huyen todos los caseros. Nosotros estableceríamos agencia de negocios para buscarla local; pero no sabemos de otro mas apropiado que el salon del Prado, y ese desde ahora se lo brindamos gratuitamente, y sin premio de comisión.

pecto: en los momentos de ocio, que pueden robarse á tan gustosas ocupaciones, se hallan tambien otros objetos en que divertir útilmente la vista. Asentada á la orilla izquierda del Guadalquivir á diez y seis leguas de distancia de Sevilla y un cuarto del Océano, deliciosa tanto por su cielo como por su suelo, presenta abundante materia de estudio para los aficionados á las investigaciones históricas, y con sus barrios y arrabales revela la índole de los pueblos que en apartadas épocas han morado en el recinto de sus murallas.—Remóntase su fundacion á la antigüedad mas lejana: *Lucifer Fanuum* la apellidan Estrabon y Ptolomeo; aludiendo á un templo consagrado al *lucero de Venus*, que debió existir en la parte mas encumbrada de la ciudad, á cuyo punto hubo de verse reducida en sus primeros tiempos. Sujetáronla los romanos al convento juridico de Sevilla, y tuvo facultad de batir moneda, grabando el busto de Venus cercado de rayos, el templo referido y un lucero en el reverso, como han observado Leirens, Florez y otros doctos anticuarios. Referir aquí los contratiempos y vicisitudes sufridas por esta ciudad, durante la inundacion de los bárbaros del Norte, sobre no convenir al objeto de este artículo, seria demasiado prolijo: baste saber que experimentó Sanlúcar la misma suerte que cupo á las demas poblaciones. Cayeron sus templos por el suelo, huyeron despavoridos sus moradores, y cuando saciados ya de sangre y de venganza no tuvieron quien les disputara la presa, entonaron los godos el himno de triunfo sobre sus escombros.—Lloraron mas tarde su desolacion, y convidados por la belleza del clima, acudieron á levantar sus desmanteladas murallas, para defenderse de las agresiones de sus enemigos.—Numerosa fue en este largo período la poblacion que contó en su seno Sanlúcar, si bien retraida á la parte mas alta de la ciudad, que se vé rodeada todavía de altos y espesos muros, siendo conocida con el nombre de *Barrio alto*.

Cayó en poder de los sarracenos, como toda España, á principios del siglo VIII; y los sectarios del Coram, que en todas partes dejaban las huellas de su ilustrado dominio, quisieron legar á Sanlúcar un monumento, que si no podia servir para revelar el alto grado en que poseyeron la arquitectura, bastaba sin embargo para perpetuar su memoria.—Levantaron el castillo, que aun se conserva erguido, aunque restaurado en diversas épocas, deseosos de guardar con él la hermosa joya que poseian, y colocáronlo en la parte de la poblacion que mira al mar, dominando las llanuras, por donde extendia este sus poderosas olas.—Cuando en 1264 las armas victoriosas de D. Alonso, el Sábio, sometieron á su dominio todas aquellas costas, quedó tambien Sanlúcar reducida al imperio cristiano, despues de haber experimentado tres largos cercos, ya por parte de los moros, ya por parte de los castellanos.—Los estragos que sufrió en tantos combates, la dejaron casi enteramente asolada y desierta: solamente el castillo y siete torres que le servian de baluartes, con algunas casas de poco precio, quedaron en pié.—El odio de los vencedores llegó hasta el punto de destruir todas las mezquitas y alcázares que habia levantado en aquel recinto la opulencia oriental, no creyendo suficientes para saciar su encono el vencimiento y cautividad de sus enemigos.—Por esta causa se encuentran en Sanlúcar tan pocos vestigios de la arquitectura arábiga tras cinco siglos de dominacion, en que las artes y las letras habian dado entre ellos los mas sazonados frutos.—Pero si el furor de los nuevos señores privó á aquella infeliz villa de semejantes joyas, no pudo arrancarle los recuerdos del pueblo sarraceno: *Solúcar* la llamaron, corrompiendo la pronunciacion de *Sanctus Lucifer*, y abultada la palabra con los años, vino á formarse Sanlúcar, asi como de *Aschillia* se formó tambien *Sevilla*, en opinion de muy distinguidos escritores.

La gloriosa é inmortal defensa de Tarifa, en que se acrisoló la lealtad española, conquistando á Alonso Perez de Guzman el renombre de *Bueno*, puso en sus manos la fortaleza de Sanlúcar por donacion de don Sancho el *Bravo*, y al poco tiempo comenzó Guzman á reedificar la poblacion, levantando templos católicos sobre los escombros de las ruinas arábigas.—A esta época se refiere, pues, la fundacion de los mas notables monumentos que posee Sanlúcar. La *Iglesia mayor*, situada en lo mas alto de la antigua villa, con su rica portada y con sus antiguas techumbres dá una

muestra del estado en que las artes se hallaban por aquellos tiempos.—La portada, que puede servir para señalar en la historia de las artes uno de los pasos mas importantes de la arquitectura, que manifiesta en la confusion y mezcla de sus ornamentos que no se habian olvidado las artes de los musulmanes, fue sin embargo concluida en 1368, época en que presenciaba España el mas inaudito de los regicidios en los campos de Montiel.—Compónese de tres cuerpos de arquitectura de diversas dimensiones: el primero, consta de un arco redondo en su parte exterior, que revela profundamente el gusto bizantino, con sus multiplicadas y gallardas molduras, que van estrechando la clave hasta formar un arco apuntado de graciosos contornos, cuyo hueco ocupa la puerta. En los ángulos que resultan de las líneas horizontales del segundo cuerpo, se ven dos tablas de bello adorno de *almocarabe*, dignas de examinarse detenidamente.—A sus lados hay otros ornatos enteramente góticos que forman un extraordinario contraste con dichas tablas, y sobre estas descansa un ancho zócalo, en cuyo centro se ven dos escudos con las armas de los Guzmanes y los Cerdas, sostenidos por cuatro leones.—Está rodeado este zócalo de orlas de caprichosos dibujos gótico-arábigos, y hállase dividido por una columna, que en su parte inferior ostenta mascarones y figuras, descansando en la superior un lindo friso puramente árabe, el cual nos trajo á la memoria otro de la célebre portada del Alcázar de Sevilla y algunos diseños de los mosaicos, descubiertos últimamente en Itálica.—Divídese esta parte de la fachada en cuatro espacios, formados por otros tantos arcos, y asienta sobre el referido friso una lindísima columnata árabe, ornada de *acaraca* en su parte superior, la cual parece sostener el cornisamento.—Es este absolutamente gótico y decorándolo once cabezas de grifos, terminando con un follaje prolijamente tallado, si bien bastante maltratado por las inclemencias del tiempo.

Tal es la portada de la iglesia mayor, conocida con la advocacion de Nuestra Señora de la O.—El todo que forma tan extraña mezcla de adornos produce un efecto agradable y cautiva la atencion largamente. Tal vez no tenga esta portada compañera en España: tal vez en esta mezcla, que algunos rechazarán como adúltera, se encuentre una prueba palmaria del pensamiento filosófico que nos ha guiado siempre en nuestras investigaciones artísticas. En efecto, sin este y otros testimonios de piedra, seria de todo punto imposible el apreciar ahora los progresos de la civilizacion, ni señalar sus tendencias, el carácter y las creencias y preocupaciones que animaron á nuestros abuelos; y hé aquí por qué nosotros tenemos por de un interés capital los estudios históricos, deducidos de esta clase de monumentos.—Lástima es que la piedra en que está tallado el presente, sea tan blanda y frágil que no resista, como fuera de desear, á las injurias de los años. Los artesonados que se conservan en el interior, si bien no tan antiguos, son bastante bellos.—El resto de la iglesia ha sufrido muchas modificaciones, y no ofrece cosa digna de exámen.

No descuidó tampoco Alonso Perez de Guzman el poner el castillo en estado de defensa, y fortaleciólo con torres y manteles, dándole el nombre de Santiago.—De esta manera permaneció hasta que á fines del siglo XV fue nuevamente restaurado con motivo de las discordias que estallaron entre los duques de Medina-Sidonia y los marqueses de Cádiz.—Situado, como dejamos dicho, á la parte del mar, éntrase en su gran explanada por una pequeña puerta, practicada en el muro exterior, defendido por gruesos torreones.—Es la explanada enteramente cuadrada, y presenta en cada ángulo una torre, siendo la de Occidente mucho mayor que las restantes, y viéndose adherido á ella un alto torreón de planta octógona, que debió servir de atalaya antiguamente á todas las fortalezas del contorno. Tiene la mencionada torre en su segundo cuerpo un salon espacioso de puertas góticas, en cuyo centro existe la escalera que conduce á su cima, siendo muy notable por su sólida construccion. El referido salon debió ser, en nuestro concepto, sala de armas ó bien morada del alcaide ó de los señores de Sanlúcar, cuando subian á su castillo.—Triste es en verdad el estado de éste en nuestros dias: ni una almena ha quedado en pié de tantas como le sirvieron de adorno y defensa; ni un salon conserva

sus techumbres góticas; ni un torreón puede ostentar ileso su gigantesca mole. Tal ha sido la saña y la incuria con que se ha mirado este monumento propiamente histórico.—La explanada del castillo está sirviendo de plaza de toros, afeando sus adarves los mal trazados andamios; el salon de armería, la parte inferior del torreón de la Almenara, y otras muchas cuadras, en donde debieron habitar hombres de armas y peones, se encuentran convertidos en hediondos establos.—Si se alzaran de las tumbas á contemplar profanacion semejante Alonso Perez de Guzman y sus nobles descendientes; si don Juan de Guzman, el salvador de Alhama, el ilustre amigo de don Rodrigo Ponce de Leon, entrara ahora seguido de sus caballeros, donceles y fidalgos en aquella explanada, teatro de sus primeras proezas, ¿qué dirian de sus nietos?... Y no se entienda que nosotros pretendemos que el castillo de Sanlúcar tuviera una guarnicion fuerte y lucida, alistada y pagada por los descendientes del héroe de Tarifa.—Los tiempos han mudado el aspecto de las cosas y han pasado sobre la nobleza el rasero de la igualdad, habiendo renunciado ella misma á sus antiguos derechos con su inaccion y falta de vida.—Esto ha debido ser y no hubieran alcanzado fuerzas humanas á estorbarlo. Lo que nosotros quisiéramos es que no hubiera venido á tan viles usos un monumento respetable, una antigualla útil para el estudio de la historia, dando ancho campo á los escritores de naciones vecinas para culpar á su sabor nuestra punible indolencia.

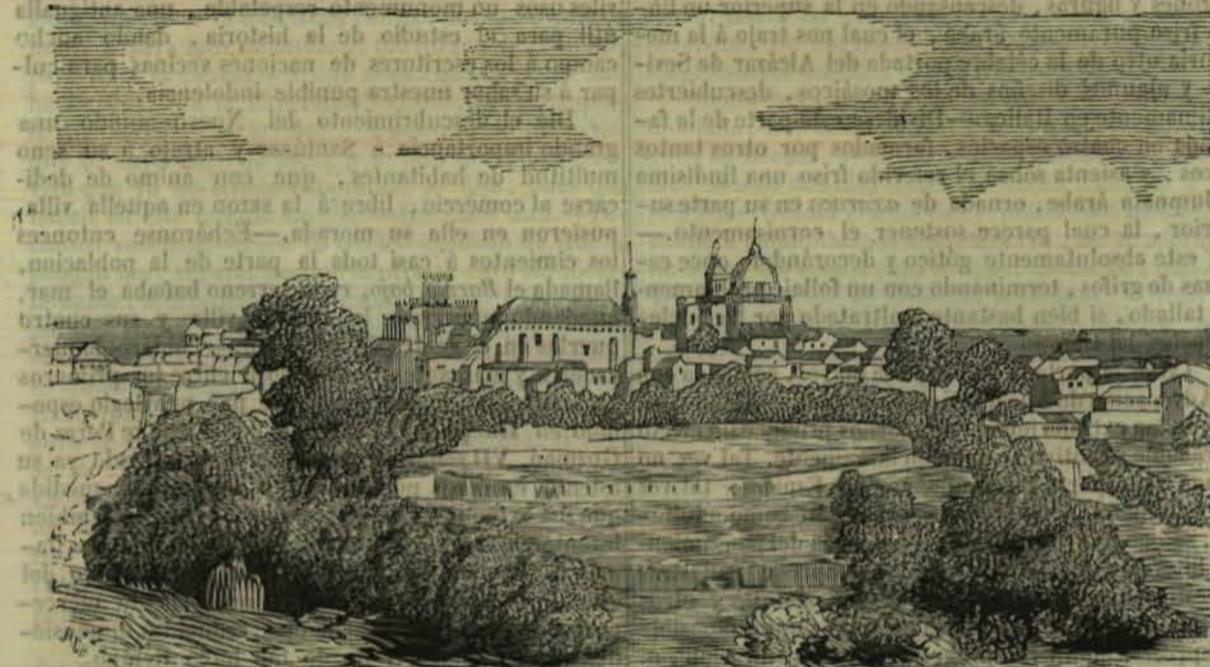
Dió el descubrimiento del Nuevo-mundo una grande importancia á Sanlúcar y atrajo á su seno multitud de habitantes, que con ánimo de dedicarse al comercio, libre á la sazon en aquella villa, pusieron en ella su morada.—Echáronse entonces los cimientos á casi toda la parte de la poblacion, llamada el *Barrio bajo*, cuyo terreno bañaba el mar, quedando encerrada la antigua villa y sus cuatro puertas en el centro de la ciudad.—Pobláronla mercaderes y marcanes, contándose entre los primeros gran número de bretones, que por privilegio espedido en Huelva en 1478, por don Enrique Perez de Guzman, VII señor de Sanlúcar, habian fijado ya su asiento en otros pueblos de su dominio. A medida que iba extendiéndose el vecindario, fueron tambien levantándose edificios notables; pero los que mas llaman la atencion son la iglesia y pórtico cerrado del que fué convento de Santo Domingo y la de mercenarios descalzos, si bien de mas reducidas dimensiones que la anterior y no de tan buen tiempo.

Comenzóse la fábrica de la primera en 1543, á expensas de doña Leonor Manrique de Sotomayor y Zúñiga, condesa de Niebla, y terminóse en 1568. Es su traza sencilla, elegante y magestuosa, manifestando en sus bellas proporciones, en la copia y lozanía de sus ornamentos y en la rica ejecucion de ellos que es debida á la época mas floreciente de las artes españolas.—Pero en este como en otros monumentos de la arquitectura ha ejercido su influjo la ignorancia de los tiempos, siendo muy doloroso para cuantos aman las glorias nacionales el ver, principalmente en las mas preciosas joyas de Andalucía, embadurnados de cal de Moron los mas delicados ornatos, hijos de la ardiente y fecunda imaginacion de nuestros mayores. Una de las cosas mas notables de esta iglesia es indudablemente el coro, por el grandioso y difícil arco que le da entrada y por la riqueza de su artesonado, que bien pudiera compararse en la belleza de sus dibujos á los magníficos *alfarges* arábigos de Granada y Sevilla.—Tanto la fábrica de la iglesia, como la del pórtico arriba mencionado, es de sillería y promete largos años de vida.—Pero lo que mas atrae constantemente las miradas de los viajeros en este templo son los enterramientos, que se conservan á los lados del presbiterio.—Vése á la derecha el de don Juan Claros de Guzman, y hay sobre el sarcófago cinco estatuas en una misma actitud, que representan; la primera al expresado caballero y las cuatro restantes á dos hijos y dos nietos suyos, los cuales murieron de corta edad y se hallan enterrados en el mismo sepulcro.—Contéplase la figura del anciano arrodillada en un almohadon, extendiendo su diestra sobre un reclinatorio que tiene delante: viste un jubon cerrado y guarnecido de botones en pecho y mangas, unas trizas boladas y un pantalon ajustado, con un zapato de

lazos; viéndose sobre sus hombros un ferreruero de mangotes y ciñendo su cuello una ancha y plegada gola.—Las dos estatuas de sus dos hijos estan exornadas del mismo modo y las otras dos carecen de ferreruero, si bien en cambio ostentan largas mangas perdidas en sus ropillas.—Al pié de estas estatuas se vé el siguiente epitafio:

AQUI YACE EL EXCELENTISIMO DON JUAN CLAROS DE GUZMAN, XII CONDE DE NIEBLA, HIJO DE LOS EXCELENTISIMOS DON JUAN CLAROS DE GUZMAN Y DOÑA ANA DE ARAGON, DUQUESA DE MEDINA SIDONIA, CON SUS HIJOS Y NIETOS. MURIO A 25 DE ENERO DE 1556, Y ESTE SEPULCRO MANDO HACER EL EXCELENTISIMO DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN, EL BUENO, SU HIJO, DUQUE DE MEDINA SIDONIA, AÑO DE 1607.

A la izquierda del presbiterio y al frente de este enterramiento se encuentra el de doña Leonor Sotomayor, fundadora del convento, como dejamos apuntado: sobre la losa sepulcral hay cuatro estatuas.—La primera representá á la referida señora, la segunda una hija suya, muerta en su juventud, y las restantes dos nietas, hijas del mencionado don Alonso.—Aparece la fundadora, arrodillada ante un reclinatorio, cubierta de un largo manto, que cae en anchos pliegues sobre la superficie de la losa cineraria,



Sanlúcar de Barrameda.

boreeguics. Bastaba el otro sin embargo, para conocer el estado de las artes, viéndose de relieve en sus broches y remates las armas de España y las águilas austriacas.—El cuerpo de doña Leonor se veia enteramente incorrupto: ceñia su rostro una toca plegada, de finisimo lienzo y cubria su espalda un monjil negro que venia á juntarse sobre el seno con un sayo del mismo color; el cual ocultaba todo lo restante del cadáver.—El de su hija apenas habia sufrido alteracion alguna; su semblante estaba entero, mórvido y turgente, faltando solo el color natural, para que se conservára como vivo.—Los demas cuerpos se hallaban mas ó menos corruptos; pero ninguno deshecho, ni faltaba un solo hueso de aquellos sepulcros.

La iglesia del convento de Mercenarios descalzos es obra de principios del siglo XVII, habiéndose puesto la primera piedra en 1615. Costeóla la excelentísima señora doña Juana Sandoval y la Cerda, duquesa de Medina Sidonia, conservando el derecho de patronazgo para su familia, y mandando construir un panteon subterráneo para ella y para sus descendientes.—Consérvanse en este enterramiento los restos de don Manuel Alonso Perez de Guzman y de la referida doña Juana, su esposa, sin que los sepulcros ofrezcan ninguna cosa notable para los artistas y anticuarios. El templo, aunque adolece de los defectos que habian comenzado ya á plagar la arquitectura, es apreciable por la solidez de su construccion, formando su planta una cruz latina.—Hállase adornado de excelentes retablos, especialmente el del altar mayor que se compone de cuatro cuerpos, los cuales guardan entre si grande armonia, por la sencillez y buena colocacion de sus ornamentos. viéndose en ellos nueve lienzos

bajo del cual parece vestir un brial de mangas abiertas, con otras interiores ajustadas al brazo.—Al pié de la urna sepulcral se advierte esta leyenda:

AQUI YACE LA EXCMA. SRA. DOÑA LEONOR DE SOTOMAYOR, CONDESA DE NIEBLA, MIEJER DEL EXCMO. SR. DON JUAN CLAROS DE GUZMAN, XII CONDE DE NIEBLA; HIJA DE LOS EXCMOS. SRES. DON FRANCISCO DE ZUÑIGA Y SOTOMAYOR Y DE DOÑA TERESA DE ZUÑIGA Y GUZMAN DUQUES DE BEJAR, CONDES DE BELLALCAZAR, CON SU HIJA Y NIETAS. MURIO A 27 DE ABRIL DE 1582 AÑOS; Y ESTE SEPULCRO MANDO HACER EL EXCMO. SR. DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN EL BUENO, SU HIJO, DUQUE DE MEDINA SIDONIA, AÑO DE 1607.

Son las estatuas de ambos sepulcros de madera, y debidas, en nuestro juicio, al célebre escultor Juan Martínez Montañés, que dos años mas adelante se ocupaba en decorar del mismo modo los sepulcros del héroe de Tarifa y de su esposa, situados en San Isidoro del Campo de Sevilla.—Cuando nosotros visitamos á Santo Domingo, pudimos lograr que se nos abrieran los enterramientos de que vamos hablando: el cadáver de don Juan Claros se conservaba casi íntegro. Estaba envuelto en un rico manto de la Orden militar de Santiago y habia sido despojado ya de uno de los magníficos acicates que ajustaban sus

de mucho mérito, pertenecientes los mas á la escuela sevillana, floreciente en los años en que se terminó esta iglesia.—En uno de los altares del crucero hay tambien un crucifijo de tamaño natural, obra que se atribuye á Alonso Cano, y que en nuestra opinion podria fundadamente tenerse por de Pedro de Roldan, cuyas producciones son muy estimadas de los inteligentes. Ningun otro objeto nos pareció en la Merced digno de mencionarse.

Pocos fueron en verdad los que en Sanlúcar nos detuvieron en su contemplacion, ademas de los ya referidos. No debemos sin embargo olvidar una antiguala, que conserva en una de sus iglesias, doblemente interesante para las artes y la historia.—Hablamos del sepulcro de Alonso Fernandez de Lugo, conquistador de las islas de Palma y Tenerife, varon de excelentes prendas y muy querido de los reyes Católicos, los cuales le nombraron Adelantado de Tenerife, así como dieron á Colon el título de Almirante de las Indias. Existe el referido sepulcro en la iglesia capilla de la Trinidad, empotrado junto á las gradas del presbiterio, y consiste en una gran lápida de pizarra, en la cual se ve esculpido de alto relieve el bulto del conquistador, que es de tamaño natural y manifiesta el estado de rudeza en que se hallaban las artes á mediados del siglo XV. Está la expresada lápida, que tiene seis piés y veinticuatro pulgadas de largo, y tres piés y doce pulgadas de ancho, orlada de una leyenda de caracteres góticos, la cual dice así:

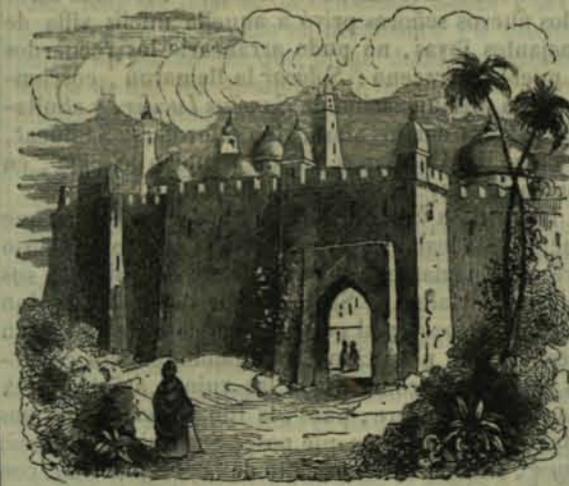
SEÑOR: AVE: MERCED: DEL: TU: SYERVO: ALONSO: DE LUGO,
QUE: FIZO: ESTE: ALBERGU: PA: LOS: QUE: DESECHA:
EL: MUNDO: PÁSO: AÑO: DE: M: CCCL.

A los piés de dicho bulto se ven dos rarísimos leones ó perros, y en el espacio que media entre la cabeza y la orla que acabamos de copiar hay dos angelotes y otros adornos de extrañas formas y diseño.—Alonso de Lugo tiene ambas manos juntas, y viste una túnica corta, plegada por el pecho y recogida por el cuello, ciñendo una espada derecha que no excede de la mencionada túnica.

Estos son los monumentos mas notables que encontramos en Sanlúcar: el sepulcro de don Diego Riquelme, obispo de Plasencia y presidente del Consejo de Castilla, situado en la iglesia del convento que fué de Carmelitas, nada nos ofreció de particular, á excepcion de los recuerdos de hombre tan respetable.—Sanlúcar, que habia dado muestras de próspera vida con la habilitacion de su puerto, comenzó á decaer en el mismo instante en que aquel se declaró inhábil para el comercio de América en 1689; retirándose cuantos comerciantes habian acudido á ella con el cebo de la ganancia, y viniendo á poblarla en cambio labradores y cosecheros de vino.—Declarada ciudad desde el año 1579, habia fijado la atencion de la corona, que robustecida de dia en dia, buscaba ocasiones en que recuperar las villas y ciudades, de que se habia visto obligada á desprenderse en las revueltas civiles, y para premiar los servicios de los guerreros y magnates.—Por decreto de Felipe IV volvió, pues, al dominio de los reyes, tomando en su nombre posesion de ella don Bartolomé Morquecho en 1645.—Deseosos los duques de darle toda la seguridad posible, habian construido á la entrada del puerto varios castillos, los cuales pudieran ponerlo á salvo de cualquiera invasion inesperada.—Eran los mas importantes el de San Salvador, edificado en 1626, y el de el Espiritu Santo, erigido en 1634: hallábase el último colocado en un pequeño promontorio que se entra en el mar, presentando un aspecto formidable y siendo verdaderamente la llave del Guadalquivir: habiase restaurado en 1770, y encontrábase en el mejor estado, cuando en 1821 fue barrenado por consejo de los ingleses; no sabiendo nosotros qué admirar mas en este hecho, si la insensatez del gobierno que lo consintió, ó la perdida de los consejeros. No les bastaba ser los dueños del Mediterráneo, habiéndonos despojado de Gibraltar en las famosas guerras de la Liga; era necesario que las costas del Océano quedáran á su arbitrio, y hubo españoles con tan poco amor pátrio, que se dejaron persuadir de que seria feliz la Península, volando el castillo de el Espiritu Santo.

Pero ya nos hemos extendido demasiado: Sanlúcar ofrece en sus alrededores las mas bellas y pintorescas vistas que puede fingir la imaginacion.—De un lado el mar con su sublime grandeza: del otro el río de Sevilla serpeando mansamente por una llanura inmensa, en cuyos horizontes se dibujan multitud de alquerias.—A estos deliciosos espectáculos reune unos aires puros y saludables, ricos manjares, purísimas y medicinales aguas, y unos moradores, en fin, de carácter dulce y apacible y de sencillas y hospitalarias costumbres.—Los sitios mas concurridos son: Las Hermitas, el Pino y las Piletas; sitios que recordaremos siempre con placer, por traernos á la memoria los dias que hemos pasado en aquellas deliciosas lanuras y empinados cerros.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.



LA POLKA.



EL WALS DE SALIDA.



EL PASEO.



EL MOLINO.



PASO BOHEMIO.



ESPALDA CON ESPALDA.



EL WALS.



LA VUELTA.



EL RITORNELO.



WALS CORRIDO.



PASO BOHEMIO WALSANDO.





NOTICIAS ACERCA DEL BAILE.

Escusado es que digamos que el baile debe ser tan antiguo como el hombre, como que no es mas que la expresion de sus afectos y pasiones por medio de sus actitudes y movimientos; excusado es que le designemos el mismo origen y las mismas vicisitudes á que las demas artes, que la necesidad ó el placer han sugerido al ingenio del hombre: decir esto, no es decir nada nuevo; nada que no sepan muy bien nuestros lectores. Las conjeturas en esta materia, aunque sean muy fundadas, son generales á otros inventos ó artes, como la música, la pintura, la pantomima, etc., y tienen el inconveniente de que no precisan ni determinan ningun hecho, ni fijan una época, que pueda satisfacer la curiosidad de los aficionados á estas investigaciones.

Pero sí puede desde luego asegurarse, que el baile es anterior á todo principio de civilizacion; porque en las tribus salvajes que habitan las islas del mar del Sur, y en el interior del Africa, en el Congo, han observado viajeros muy instruidos, no ya saltos y brinco de alegría, sino combinaciones arregladas é ingeniosas, pero difíciles y de muchas parejas, que suponen bastante adelanto, y sobre todo en el Africa, un progreso extraordinario en el camino de la licencia y del vicio.

Los pueblos cultos de la antigüedad conocian el baile, le tenían una singular afición, y era uno de sus principales recreos en sus fiestas públicas y privadas. Segun el testimonio de Filostrato y de Cártari, en su *Tratado de las imágenes de los dioses*, tenían los antiguos una divinidad que presidia á sus bailes y festines, y á quien representaban en un salon soberbiamente iluminado, con semblante risueño, con una corona de flores en la cabeza, una antorcha encendida en la mano izquierda, inclinada hácia el suelo, y apoyado sobre un venablo que empuñaba su mano derecha. El pavimento de este salon magnífico estaba cubierto de flores; y mientras que algunos de los convidados comian alegremente alrededor de una mesa suntuosa y espléndida, otros bailaban entusiasmados de gozo, y los infinitos espectadores estaban colocados debajo de la tribuna de la numerosa orquesta.

Los romanos, que hacian consistir una parte de su gloria en exceder á todas las demas naciones en el lujo y la prodigalidad, celebraban las bodas con bailes nupciales muy licenciosos, que habian tomado de los Latinos y Toscanos, y que tenían mucha analogia con los bailes de los sátiros y de las vacantes. Como no podian menos de influir estos bailes en la corrupcion de las costumbres, fueron abolidos por el emperador Tiberio, que se esforzó en reformar el lujo y las costumbres de los romanos. Segun el testimonio de la historia, en tiempos de Sócrates y de Platon, no se desdénaban los mas graves filósofos de concurrir á los bailes y de salir á estirar las piernas despues del banquete. En ellos acostumbraba á bailar Sócrates un baile, que le gustaba mucho y que se denominaba el *Menfílico*. Pitágoras, segun afirma un historiador, tenía vanidad de bailar en público y de ser tenido por un sobresaliente bailarín, cuya vanidad habia adquirido durante su permanencia en Egipto. Como Platon habia dicho en el libro segundo de sus *Leyes*, que un hombre que no tiene algunos principios de baile manifiesta no haber sido bien educado, se le censuró amargamente, que se hubiese negado á bailar en un baile

que dió Dionisio de Siracusa despues de una gran comida, y al que concurren muchos filósofos. Pero Aristipo, que era uno de los convidados, soltó su manto para bailar mas á su gusto, y se mostraba lleno de vanidad por no haber perdido el compás de los instrumentos, y por haber bailado en presencia del rey un baile correspondiente á su carácter; por esto los concurrentes lo aplaudieron mucho. Baste decir, que Caton el Censor, á los 59 años de edad, tomó un maestro de baile para repasar los que habia aprendido en su juventud.

Un baile, en que se observaban las reglas del arte y las de la decencia y el decoro, era cosa muy estimada y respetable entre los antiguos, así como se tenía por un atentado imperdonable faltar á la etiqueta de aquellos tiempos. Refiere un historiador que Antíoco, rey de Siria, llamado por sobrenombre *Epifanio*, dió un día á toda su corte una magnífica comida, á la que se siguió un baile de ceremonia, cuya magnificencia correspondia á lo que debia esperarse de tan poderoso monarca. Una hora despues de haber principiado el baile, y cuando ya al señor Antíoco se le habia subido el vino á la cabeza, tuvo la humorada de escaparse sin ser visto por una puerta secreta, haciendo que pocos momentos despues lo llevasen en ropas menores, y liado en un paño de oro, y lo colocasen en medio del baile: no bien sus criados lo habian dejado tendido en el suelo, cuando de repente se levanta, y baila un *paso del dormido* con ademanes tan extravagantes, que todas las personas de respeto que habia en el baile se marcharon indignadas y llenas de desprecio hácia un rey que tan poco decoro daba á su dignidad, y tan poco respetaba las reglas de un baile sério y de etiqueta. Véase qué antiguos son los bailes de trueno, y cómo parece que han tenido su origen en el palacio de los reyes!

Los historiadores, como Herodoto y Estrabon, y los poetas, como Homero y Hesiodo, que han tratado de los héroes de la antigüedad primitiva, refieren que los mas grandes tenían un honor en presentarse á bailar en público en las fiestas solemnes; y citan, entre otros, á Baco, Osiris, Cadmo, Teséo, Castor, Polux, Aquiles, Pirro, Hércules, Eneas, Belerofonte, Alejandro, Epaminondas y Escipion. Pero añaden la circunstancia de que estos héroes conservaban bailando el continente grave y magestuoso que correspondia á la grandeza de su carácter: de aquí se infiere que para estos grandes hombres era el baile un acto serio, y aun del género heroico.

Debe presumirse, y no faltan datos en qué fundarlo, que bajo la dominacion romana, todas las naciones sujetas al yugo de los señores del mundo, adoptaron sus usos, sus espectáculos y sus fiestas. Los romanos, como ya hemos observado, gustaban de la danza, y celebraban sus grandes solemnidades y los acontecimientos faustos para la república ó para las familias, con fiestas y banquetes acompañados de suntuosos bailes. Aun todavía se conservan sobre nuestro suelo las ruinas de circos y anfiteatros, que acreditan que los espectáculos y fiestas romanas fueron entre nosotros nacionales durante su dominacion. A la invasion de los bárbaros, los espectáculos romanos fueron prohibidos por los emperadores y por los concilios, como cosa enlazada con el culto y ceremonias gentílicas, y contrarios algunos de ellos á la pureza y mansedumbre del cristianismo. La danza romana, seria y pantomímica unas veces, y otras licenciosa, debió correr la misma suerte que los demás espectáculos públicos, pues público debía llamarse el baile entre los griegos y romanos, cuando, como hemos visto, los filósofos y los personajes mas elevados hacian alarde de ser buenos bailarines, y de llevar bien el compás; y no se desdénaban de bailar en público.

Durante la dominacion de los septentrionales no presenta la historia otra diversion que la caza, espectáculo propio de un pueblo como era el conquistador, de costumbres rudas y sencillas, y acostumbrado á la guerra y al ejercicio de las armas. He oido que en la corte y en los campamentos de los Reyes Godos y de los Francos se celebraron algunas veces fiestas públicas con bailes; pero confieso que en ningun historiador recuerdo haber leído ninguna noticia de esta clase.

Segun conjetura del ilustre Jove-Llanos, durante la conquista de los pueblos de España del poder sarraceno, se propagaron, sino se introdujeron, el uso y la afición á nuestras danzas populares. Estos son nuestros verdaderos bailes nacionales, que tienen un sello propio y original, que los distingue, que tienen un ori-

gen, ó remotísimo y desconocido, segun la sencillez de sus pasos y vueltas, ó que puede fijarse por la época á que se refieren sus formas y enlaces. Se han conservado hasta nuestros dias en las clases y en las poblaciones mas apegadas á sus tradiciones, usos y costumbres, y que por lo mismo han conservado tambien su dialecto provincial, su traje, sus fueros y libertades unas, y otras el amor instintivo á ellas.

Cuando la escasa y dispersa poblacion que cubria nuestro suelo, cultivaba las tierras que quedaban libres de las incursiones de los moros al abrigo de las fortalezas y castillos en que habitaban los nobles y señores, ó de alguna poblacion fuerte y amurallada, era natural en los dias festivos, en que tanta parte se daba al descanso y al solaz que buscasen un recreo las gentes del pueblo, no solo en la carrera, en el salto y en la lucha, que han sido la diversion de los primitivos pueblos, sino en danzas, algunas de las cuales no podian ser desconocidas en aquel tiempo, y que tienen la singular ventaja de que en ellas pueden interesarse y tomar parte cuantas personas quieran. En las romerías, cuyo origen se pierde en los tiempos de la primitiva fundacion de todos los pueblos, se juzga que principiaron á propagarse y fomentarse los bailes populares, al mismo tiempo que se recreaban los concurrentes con otros ejercicios, que consistian en pruebas de destreza ó de fuerza: de estas dos circunstancias participaba la danza. Despues y sucesivamente debió cada vez difundirse mas esta afición, á proporcion que los progresos de la conquista, la piedad, el tráfico interior, y la mayor cultura de las costumbres fueron haciendo mas repetidas y concurridas aquellas y otras diversas reuniones.

Tan conocedor el Sr. Jove-Llanos de las cosas de su pais, cita en su *Memoria* sobre diversiones y espectáculos públicos, dos danzas antiguas del mismo, cuyo origen puede con algun fundamento conjeturarse, ya por sus nombres, ya por las figuras que en ellos se representan. Los nombres de estos bailes son *danza de romanos* y *danza de espadas*. Del primero, por su mismo nombre, y por la esclavina, bordon y calabaza con que se adornan sus danzantes, se indica bastante el origen; y «siendo, dice, bien conocido en la historia el tiempo en que empezaron y crecieron las peregrinaciones á San Salvador de Oviedo, tampoco parece difícil determinar su época.» «El segundo es reputado como mas antiguo, y de un origen mas noble, que puede inferirse de su forma. Todas sus mudanzas y evoluciones terminan en una rueda, en que los danzantes, teniendo recíprocamente sus espadas por la punta y pomo, forman la figura de un escudo. Formada, sube en él el caporal ó quien dá la danza, y «alzado por sus camaradas en alto, y vuelto en torno á las cuatro plagas principales del mundo, hace con su espada ciertos movimientos, como un desafío de los enemigos de su gente. Los que saben la fórmula de la elevacion de los Reyes Visigodos, poco trabajo tendrán en atinar con el origen, ó por lo menos con el tipo de esta danza.»

En el pais Vascongado hay tambien un baile de espadas, antiquísimo y de origen desconocido, como todos los de allí, que tiene el nombre de *Espatadanza*. Aunque en él no se represente la fórmula antes indicada, no por eso deja de tener bastante semejanza y analogia con el baile asturiano de igual nombre; y si bien por esto no puede atribuírsele el mismo origen, no seria violento creer, en vista de sus lances y encuentros, y de su carácter conocidamente marcial, que se referia á una época mucho mas antigua, cuando los valientes cántabros rechazaron con tan singular denuedo la dominacion romana.

Todos los demás bailes vascongados tienen tambien su música propia, que hemos oido en el pais, en el pito ó la dulzaina, acompañada del tamboril, y que hemos visto en una preciosa coleccion, que de los cantos y danzas vascongadas publicó hace algunos años el distinguido profesor de música Albeniz. Todos los cantos se refieren á costumbres, tradiciones y usos del pais, como el canto de ignominia con que se arroja de la ciudad á las mujeres mundanas, el aire con que se felicita al nuevo alcalde, que acaba de tomar posesion, y aquel otro que sirve como de estimulante y acompañamiento para beber sidra ó chacolí. Si esto sucede con la música, en la que cabe alguna variedad ó glosa, y que admite diversidad de letra, acomodada cada cual al caso ó circunstancia especial, lo mismo puede decirse de los pasos del baile; pero con la diferencia de que siendo estos por la sencillez de sus figuras y movimientos, tan antiguos ó mas que los cantos, pudiera inferirse que se refieren, no á sucesos ordinarios, acostumbrados y periódicos en la vida de los pueblos, como sucede á los aires cantables, sino á acontecimientos extraordinarios, históricos y generales, que son los que tienen particularmente el privilegio de exaltar los sentimientos públicos y la alegría, que se expresan por medio de las actitudes y evoluciones del baile.

Jove-Llanos, que no podía dejar de mirar con ojos de observador filósofo los bailes de las provincias Vascongadas, como el Zorziko, la Carrikadanza y otros, creyó ver en el orden y decencia que en ellos reina, en el contento y alegría con que un pueblo entero sin distinción de sexos ni edades corre y salta alegremente en pos del tamboril, asidos todos de las manos, y enteramente abandonados al esparcimiento y al placer, el origen de aquel candor, franqueza y genial alegría que caracteriza al pueblo vascongado, así como de la unión, fraternidad y ardiente patriotismo de sus naturales. No hemos podido dejar de hacer mérito de esta observación, porque nos ha parecido en extremo delicada y profunda, y porque creemos que podría aplicarse á los bailes populares de otras provincias. En los muchos de esta clase que se conocen en Andalucía, como el bolero, el ole y el fandango, no revelan sus vueltas, sus actitudes y sus ademanes expresivos la tierna adoración que se tributa al sexo hermoso en aquel país en que convida á las delicias del amor

La tierra florida
y el Sol delicioso?

Ya en el siglo XII el aumento de población y la seguridad que principieron á lograr las principales ciudades de Castilla, trajeron á España gran número de extranjeros, que vinieron á buscar fortuna en nuestras guerras, y que contribuyeron á introducir y difundir los juegos y espectáculos de Oriente, donde habian tenido su primera escuela en el ejercicio de las armas. En el siglo siguiente, conquistados los principales reinos de Andalucía, y arrinconados los moros en Granada, se gozaban mas largos espacios de tranquilidad y reposo. Guerreros acostumbrados á la vida activa y á las fatigas, y que habian alcanzado bastante cultura, era muy natural que en vez de entregarse á la inacción, se entretuviesen en juegos y diversiones de fuerza, de agilidad y de ingenio. Las justas y torneos, que no son mas que una especie de baile á caballo, pero en que entran gran número de parejas, haciendo mil evoluciones ingeniosas y sorprendentes, adquirieron entonces mucho incremento, aumentándose la afición á estos juegos, y facilitando la fortuna de nuestras armas que se repitiesen mas, y aun hiciesen frecuentes. Ya por este tiempo vagaban por Castilla los trovadores, juglares y danzantes, de los cuales los mas hábiles y sobresalientes eran admitidos en los palacios y castillos, mientras que la plebe de estos artistas divertía al pueblo congregado en las plazas y corrillos; y la danza, en que se habian introducido novedades, artificios y usanzas extranjeras, ponía fin á las lujosas fiestas de la Corte, y se prolongaba hasta las horas mas avanzadas de la noche. En estas fiestas, conocidas con el nombre de Palacianos, se bailaba entre las damas y caballeros que asistían á la Corte; y se bailaba de uno á uno y de mas á mas, y se usaban bailes de enlace y maestría, en que la moda, á lo que puede colegirse de sus varios nombres y tonos, iba cada dia introduciendo nuevas figuras y nuevas combinaciones. En esta misma época acompañaba la danza la representación de los misterios; y despues, ya desde una carreta, ya desde un informe y grosero teatro, siempre se ha mostrado unida á sus hermanas la música y la poesía dramática, y ha seguido constantemente las vicisitudes de nuestro teatro. Felipe III fué apasionadísimo á la danza; y Felipe IV tan amante y tan favorecedor de las artes, dió al baile el lugar que le correspondía sobre la magnífica escena que levantó en su palacio del Buen-Retiro.

Habiendo citado á los dos Felipes III y IV, no podemos dejar de hacer mención del brillantísimo baile que en 1562 se dió en Trento á nuestro monarca Felipe II, que habia ido á hallarse en el Concilio que se celebró en aquella ciudad. Refiere el cardenal Palavichino, que tanto el cardenal Hércules de Mantua, que presidía el Concilio, como los demas prelados, acordaron dar al rey una fiesta galante, y que correspondiese en magnificencia á tan gran soberano y á tan respetable asamblea. Fueron convidadas y asistieron las señoras mas distinguidas de la ciudad de Trento, que se presentaron con un lujo y ostentación brillantes. A un banquete suntuoso siguió un baile por el gusto italiano, cuyo aparato ostentoso mereció los aplausos de Felipe, que bailó, segun la expresión de Palavichino, con tanta libertad como modestia, haciendo lo mismo los cardenales y demas grandes prelados, que asistieron al baile. De aquí se infiere que la iglesia no condenaba absolutamente los bailes, sino los abusos que pudieran cometerse, y que era fácil evitar y corregir; de otra manera el cardenal Palavichino no habria referido este hecho en su historia del Concilio de Trento.

Si despues de este caso tan solemne, y que presta tan inmensa autoridad, necesitásemos otros en apoyo de la opinion que acabamos de manifestar, podríamos añadir, entre muchos que nos seria fácil citar, que ha-

llándose Luis XII de Francia con los cardenales de Narbona y de San Severino en un baile que se dió en la ciudad de Milan, no tuvieron estos prelados el menor inconveniente de bailar, hasta hartarse, en presencia del rey.

Una de las reglas que mas se respetaban en los bailes serios de corte, particularmente en París, era la de no sacar á bailar á los que se presentaban de incógnito. Consistía esto en llevar las señoras una manteleta con que se cubrían cuanto podían, y los caballeros con un manto de la misma manera. De incógnito asistió don Juan de Austria á un baile que se dió en París, en el que logró ver bailar á Margarita de Valois, que en aquel tiempo pasaba por la mejor bailarina de toda Europa.

A propósito del incógnito, refiere un historiador francés una graciosa aventura de trueno, que ocurrió en París por este tiempo en una casa respetable. Cuatro jóvenes de las primeras familias de la corte, despues de haber cenado opíparamente y de haber empuñado bien el vaso, tuvieron la ocurrencia de ir á este baile de incógnito, pero con el capricho singular de ir absolutamente desnudos, aunque cubiertos con ricos mantos de carmesí, forrados de terciopelo, buen calzado y ricas plumas en el sombrero. Tuviron buen cuidado, por lo que pudiera suceder, de llevar sus espadas debajo del brazo. No llevaban la cara tapada, porque en aquel tiempo no se acostumbraba esto sino en el Carnaval; y aunque iban bien embozados se les podía facilmente reconocer. La hija de la señora de la casa, en cuyo obsequio se daba el baile, y en celebridad de sus bodas, creyó que seria una desatención no sacar á bailar á aquellos caballeros, y desde luego se dirigió al marques de B., que se escusó cuanto pudo, diciendo que no iba en traje decente y que como se hallaba de incógnito, no podía corresponder al honor que se le hacia. Mientras mas se excusaba, mas repetía sus instancias la dama. Por último le dijo el marqués, que si bailaba con él tendría que arrepentirse. En fin, continuando aquella sus instancias, y no dándose por satisfecha con ninguna excusa, tuvo el caballero que salir en medio del baile donde, dejando caer el manto, se dejó ver como pueden inferir nuestros lectores, alborotando y escandalizando á toda la concurrencia. Las damas se taparon la cara con sus abanicos, y los hombres echaron mano á sus espadas, diciendo á gritos que se cerrasen las puertas, para que no se les escapase el escandaloso joven; pero éste y sus compañeros, previendo lo que podia suceder, habian tenido cuidado de prevenir á sus pajes y escuderos que se apoderasen de las puertas; y tanto estos como sus amos con la espada en la mano se abrieron paso basta la calle sin ofender á nadie. Este suceso hizo mucho ruido en París: llegó á noticia del rey y en poco estuvo que no enviase á la Bastilla á aquellos calaveras, que se disculpaban con las leyes del incógnito, que es el motivo de haberlo referido.

Despues del establecimiento en España de la dinastía de Borbon, se propagaron é hicieron de moda en la corte, y á su imitación entre los nobles, los bailes serios de Francia, aunque algunos de ellos, así como otros extranjeros, fuesen antes conocidos. Los mismos nombres de estos bailes, aun sin hacer mérito de sus pasos y figuras, descubren bien á las claras su origen. En esto, como en otras cosas, recibimos las modas que nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos están en la posesion de introducir en nuestro país. No se diga que tal baile es turco, ni tal otro polaco; porque nosotros no recibimos ninguno de primera mano, y sin que haya pasado antes por la aduana de París. Pero en el teatro han continuado en su pacífica posesion los bailes nacionales, aunque los elegantes de ambos sexos abandonan sus localidades para no autorizar con su presencia una infracción del buen tono y de la moda. En los reinados anteriores, la severa etiqueta del palacio real tenia como desterrados de los régios salones los bailes de corte, que daban la ley á las clases mas elevadas de la sociedad. Desde los famosos bailes escénicos ó pantomímicos de los Caños del Peral, que aun recuerdan con entusiasmo nuestros mayores, y despues de los bailes serios que dió en el palacio José Napoleon, y de que nadie habla, aunque fueron magníficos y muy concurridos, por no hacer sospechoso su patriotismo, no ha ocurrido en esta parte ningun acontecimiento importante ni notable hasta que en el teatro del Circo se han principiado las brillantes representaciones, que ha admirado y continua admirando la parte mas culta de la capital, que muestran los últimos progresos del baile, y de lo que es capaz este arte encantador, y que aseguran para siempre en el teatro á Terpsicore el lugar que le corresponde de justicia entre Clio y Talía.

Hoy está de moda en Madrid la Polka. Segun dijo algun tiempo hace un diario francés, es un baile popular en un distrito de Polonia. El ansia de novedades lo llevó á Paris, desde donde fué introducido en la Pe-

nínsula. Cuando en *La linda Beatriz* la bailaron con el traje correspondiente la Guy Stephan y Petipá, agradó extraordinariamente á los circunstantes y desde entonces se ha repetido innumerables veces, y siempre con un éxito asombroso. Desde el teatro ha pasado á los salones de sobresaliente, que la han bailado delante de SS. MM. y AA. Hay alguna diferencia entre la Polka de salon y la de teatro; pero ambas conservan el carácter de este baile algo expresivo, y que caracteriza bien los hábitos y costumbres del país de donde ha sido exportado: pero ¡oh inestabilidad de la moda! La Polka principian ya á desdeñarla nuestros vecinos por otra nueva *Mazurka*, que hoy está en boga, y que en breve hará olvidar el baile polaco.



LA NOCHE BUENA.

*Ardía la zarza
y no se quemaba,
la Virgen María
doncella y preñada.*

Leña, leña á esa lumbre,
y bebed.—Alegría!...
Pardiez! en noche fria
nació el hijo de Dios.—
Que cruja la zambomba,
mientras duermen las viejas....
muchachos, en parejas
poneos dos á dos—

Mientras se cena, que ande
la boca... y manos quietas —
no parezcan beletas
debajo del mantel.—
Juanilla! tú te pones
colorada... por Cristo,
que debió de andar listo
con Pepe el moscatel.—

Pero hoy dicen los frailes
que no hay pecado gordo;
que está el pecado sordo
y los frailes tambien.—
Alegría.—Esta noche
baila hasta el mismo diablo
delante del establo
del portal de Belen.—

Bebed.—Corra la rueda;
otra cañita ahora—
bebed.—La nueva aurora
aquí nos ha de hallar—
un brindis, que á la fiesta
como de molde encaje—
allá vá: «Feliz viaje
al buen rey Baltasar.»—

Mientras tu estrella siguen
los santos reyes magos,
creo que estos santos tragos
nos han de agradecer.—
Sus magestades saben
que esta es la Noche Buena,
noche alegre y sin pena,
la noche de beber.—

Ya levanta la cresta
para cantar el gallo:
ya relincha el caballo
del santo rey Melchor....
bebed.—El niño nace....
oh! si pecados viene
á redimir, bien tiene
que hacer el redentor.—

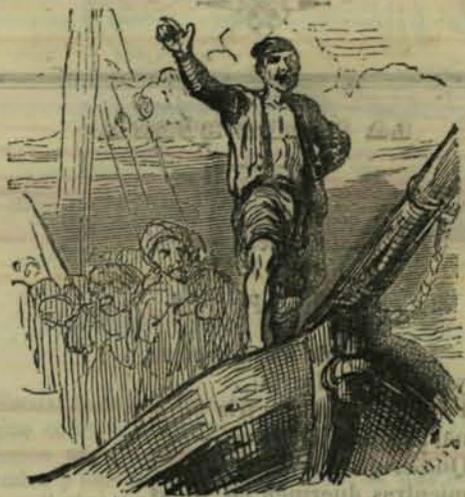
Alegría!—Bien pronto,
cuando la Pascua muera,
escuálida y austera,
la Cuaresma vendrá.—
Si hemos de hacer al cielo
de nuestras deudas pago,
bebamos, y este trago
á buena cuenta irá.—

Leña, leña á esa lumbre,
y bebed—alegría!...
¿pero viene ya el dia?—

venga en gracia de Dios—
que calle la zambomba
y despierten las viejas...
muchachos, en parejas
largaos dos á dos—

*Ardia la zarza
y no se quemaba,
la virgen Maria
doncella y preñada.*

G. TEJADO.



POESIA.

UN NAUFRAGIO.

Cárdeno el Sol, sus rayos ocultaba
en medio de rojizos nubarrones,
y la mar su oleaje levantaba
á impulsos de estruendosos aquilones.
Cada instante el nublado oscurecía
cual velo mortuorio el firmamento,
y entre sus pliegues culebrear se via
del relámpago el brillo amarillento.
Las timidas gaviotas en bandadas
se iban perdiendo tras las negras rocas,
rasgando con sus alas azoradas
de la neblina las azules tocas.
Los truenos rebramaban en la altura
y el piélago á sus ecos respondía
con gritos de terror y desventura,
y las aves con cantos de agonía.
La inquietud del espanto y la tristeza
en los mares cantábricos reinaba;
la borrasca crecía con fiereza
y la sangre en las venas congelaba.
Las bellezas con voces doloridas
hacian por el naufrago oraciones,
ó llorando esperanzas ya perdidas
se oprimian los tiernos corazones.
Y las madres, las madres sin consuelo
en la orilla espumosa alborotada,
pedian compasion á Dios del cielo
con el alma de penas desgarrada.
Tétricos, pero audaces los marinos,
tendian sus miradas recelosas
buscando ansiosos los rasgados linos
á través de las ondas desastrosas.
Y en el muelle los jóvenes remeros
preparaban sus lanchas, afanados
para volar, cual pájaros lijeros,
á socorrer los buques desgraciados.
Los raudos vientos con furor mugian;
el trueno retumbaba terroroso;
mil olas una á otra se envolvian
como presas de vértigo espantoso.
Todos lloraban de dolor agudo
cuando fijaban su mirar inquieto
en el choque feroz, continuo rudo
del mar, las auras y el peñasco escueto.
La recia tempestad movia guerra
á un bergatin gallardo y atrevido,
que audaz luchaba por llegar á tierra
sin miedo al temporal embravecido.
Muy horrible, por Dios, era la tarde,
la borrasca deshecha, ronca, oscura...
¡ay del bajel que salvacion aguarde

en medio de tan negra desventura!
Por do quier los tronantes torbellinos,
el buque temerario destrozaban,
y cual mónstruos rabiosos y dañinos
las colosales olas le asaltaban.

La nave resistíase valiente
contra los elementos procelosos...
cuanto mas fatigábase la gente
se aumentaban los riesgos horrorosos.

Crecian las tormentas, y el estrago
y la nube faldica, sombría
se iba estendiendo cual fantasma aciago
sobre las brumas de la mar bravía.

El infelice barco zozobraba
descompuesto el timon, el mástil roto,
y el velámen los rostros azotaba
al crudo empuje del revuelto noto.

Las oleadas con su giro incierto
robaban la esperanza de ventura,
arrojando los náufragos del puerto,
sofocando sus gritos de pavora.

Nadie, nadie á la nave vislumbraba;
y su gente azorada y abatida
solo á Dios un auxilio demandaba,
que solo Dios mirábala perdida.

Disparados continuos los cañones
despedian fosfóricos reflejos;
pero morian sus tronantes sonos;
solo el rumor del mar llegaba lejos.

Al fin la noche tenebrosa, horrible,
desplegó sus crespones funerales,
cual si entonces gozárse ineseñible
en insultar del infeliz los males.—

Oscuridad en el mundo,
oscuridad en el cielo...
oscuridad en los mares...
oscuridad del infierno.

El oleaje irritado
rechoca con ronco estrépito
y sus bramidos ahogan
hasta el zumbor de los truenos.

Aunque hirvientes las espumas
saltan las peñas rugiendo,
no se distingue malbor,
que es el nublado muy negro,
y ni un relámpago solo
muestra sus tristes destellos.

La creacion hecha un caos
inspira terror y miedo,
con su aparato terrible,
con sus nubarrones deusos
y con los ruídos zumbidos
del embravecido piélago.

El piélago!... inmensa tumba,

que amenaza sepultaría
en sus espantosos vértigos.—
Los marinos se fatigan
en hacer continuo fuego,
ó en peligrosos trabajos
que va deshaciendo el Enro.—
Las madres amedrantadas
ocultan entre sus pechos
á sus aterrados hijos...
cubren sus rostros de besos,

abismo insondable, horrendo,
sima de gigantes mónstruos,
coloso traidor y pérfido,
siempre anhelante de estragos,
siempre, siempre destruyendo,
siempre robando á la tierra
disputándola su imperio,
cual si la pidiera en párias
por calmar su descontento:
siempre mas ruina... mas ruina...!



siempre mas muertos, mas muertos...!

¡Ay del bergatin perdido
que vaga á merced del viento
disparando cañonazos
en vez de gritos de duelo!
Bien hace en pedir socorro,
porque atesora en su seno
mil estrellas de esperanza,
muchas joyas de gran precio.
 Toda su gente infelice
sufre martirios tremendos
sobre el mar enfurecido,
sepulcro lúgubre, abierto



y cuando tantas caricias
ya los van adorniciendo
y el temporal los despierta
con raudos sacudimientos,
al ver llorar á los niños
vierten tambien llanto acerbo.

Temblorosas las amantes
se abrazan á los mancebos,
y con lágrimas les pidan
el morir al lado de ellos.
Otras yacen desmayadas

en los brazos de los viejos,
que sienten, mas que sus penas,
las que otros estan sufriendo.

Y todos lanzan suspiros
en su amargo desconsuelo,
dolientes y pesarosos
como el ruido lastimero
con que las auras agitan
los sáuces de un cementerio.

Pasóse toda la noche
en angustioso desvelo;
y unos llenos de zozobra,
y otros en abatimiento,
sufrian cruel tortura,
porque del cañon al eco
solo respondia el mar
eucrespándose soberbio.

El alba entristecida
desanimada, yerta,
como una virgen muerta
alumbraba la mar embravecida.

Se mecía espesísima la bruma,
y las revueltas ondas
la bordaban altivas con espuma
imagen bella de nevadas blondas.

El Occéano, hinchado
en su seno, recóndito sumia
unas lanchas que estaban al costado
de un ancho bergantin desmarteado
que tambien se iba á pique en la bahía.

Algunos marineros
luchaban con las olas animosos,
nadando cual delfines altaneros
entre mil remolinos procelosos.

Pobres marinos!... cuando ya rendidos
se dejaban llevar del oleaje,
los del puerto, llorándolos perdidos,
lanzaban con dolor hondos gemidos
y gritos de coraje:
partidos de dolor sus corazones
con tan infausta suerte,
al bergantin echaban maldiciones,
que á su gente por cánticos de muerte
llevaban los errantes aquilones.

JOSÉ MARIA DE ALBUERNE.



FRAGMENTO DE UN RASGO EPICO

TITULADO

UN DIA EN GRANADA.

Ora gallardas justas recordando
contemplo al guerrador abencerraje
sobre el potro andaluz pasar trotando
tendido al viento el volador plumaje;
y viendo altivo al rencoroso bando,
que tiene el vencimiento por ultraje,
cojer el premio que su amor destina
á la mora gentil que lo fascina.

Y las cañas jugar de garbo lleno
al zenete bizarro, que orgulloso
del cordobés troton revuelve el freno
el asta rompe y se detiene airoso;

y esperando al gomet firme y sereno
con nuevas cañas, que pidió orgulloso,
arrogante prosigue la pelea,
el triunfo alcanza y en la lid campea.

Y luego miro al marroquí valiente
pisar en ancho circo, donde espera

sobre el bruto africano inobediente
al bravo toro que en Genil naciera,
y al entrar en la plaza roncamente
mugiendo altiva la indomable fiera,
que en la cerviz robusta que levanta
con diestras manos el rejon le planta.



Jardin del Jeneralife.

Y mas allá sobre el overo ardiente,
que en rapidéz iguala al raudó viento,
do la sedosa erin vuela nitente
besando al ondular el paramento;
al rico Omir descubro, en cuya frente
se pinta el entusiasmo y ardimiento,
que el brazo firme y la mirada fija
en la ginetá prende la sortija.

Y en vistosas cuadrillas, donde el oro
brillando en capellares y marlotas,
la pompa ostenta del apuesto moro,
al sereno vaiven de las garzotas;
llenando el aire el añafil sonoro,
tambien divisallá turbas remotas,
que en acordeocantar y alegre zambra
en torno giran de la esbelta Alhambra.

Ora el protervo encono y la venganza
recuerdo absorto del zegrí inhumano,
que con brutal encono en la matanza
placer encuentra y se deleita insano.
Lleno de horror, que á imaginar no alcanza
mi débil mente ni á trazar mi mano,
á torrentes correr la sangre veo,
y tan ciego rencor apenas creo.

Mas ¡ay! que es realidad: aun brota ardiente
la sangre ilustre del guerrero osado

del régio alcázar en la hermosa fuente,
do el vil acero se blandió indignado.
Al verla, helarse el corazon se sienta
y el pecho se estremece acongojado:
que está la blanca piedra alabastrina,
con las terribles manchas, purpurinas.

Aun se escucha el gemido lastimero
del noble abencerraje moribundo,
que triste implora al enemigo fiero
que sonríe cruel con lábio inmundo.
Pues no como esforzado y caballero,
sino cual ronco tigre furibundo
que en el débil rebaño se ensangrienta,
el bárbaro zegrí su rábia ostenta.

Mas cansado de horrores, busco ansioso
en tanta agitacion paz y consuelo,
y do finge mi mente algun reposo
de afan henchido y de esperanza vuelo.
Héteme recorriendo silencioso
la hermosa Alhambra, que se encumbra al cielo,
y absorto admirador de su belleza
bendiciendo al autor de tal grandeza.

Aquí en los patios, dó el ciprés sombrío
fatal reemplazo al arrayan frondoso,
ni en crudo invierno ni el ardiente estío
quemó las flores, ni bramó sañoso.

con pasmo sorprendente, al pecho mio sobrecoje su aspecto misterioso, y en mágica ilusion que hechiza el alma, tranquila vuelve la perdida calma.

Y pienso ver las odaliscas bellas del andaluz sultan, que en dulce canto del tierno amor entonan las querellas, sus rostros llenos de oriental encanto: envidia dan del cielo á las estrellas y alejan de sus pechos el quebranto, mezclándose en las danzas bulliciosas donde su gracia ostentan orgullosas.

Y apuestos en espléndidos festines de las hijas del Dauro su hermosura entre purpúreas rosas y jazmines lozanos muestran con sonrisa pura; por sus damas brindar los paladines que en mil batallas con marcial bravura al guerrador cristiano combatieron y de eternal laurel la sien ciñeron.

Y sentado en su trono refulgente, al quemarse en los ricos pebeteros los fragantes perfumes del Oriente y al fúlgido brillar de cien flameros, al sublime sultan armipotente, cercado de visires y guerreros,

de gozo lleno el paternal semblante justicia miro administrar constante.

A sus plantas un pueblo prostrado que su querido nombre fiel acata, en el semblante, al júbilo entregado, respeto y gozo y sumision retrata. Y en el inmundo polvo, despreciado, la frente impura que elevó insensata, el vil adulador de rabia lleno esconde, y rasga el ponzoñoso seno.

Mas ¡ah! ¡cuán dulce es sorprender ansiosos los secretos de amor de sus salones, ora en sus bovedados fastuosos, ora en sus filigranas y festones; y al contemplar los signos misteriosos que sus muros ilustran y artesones, lloran de gozo, cual de pena llora el triste moro, al contemplarlos hora!...

¡Y cuán dulce al alzar su ebúrnea frente la bella aurora, de la vida encanto, en hombros de los mares del Oriente, de aromas lleno el fulgoroso manto; del almuhedano oír la voz creyente que al cielo eleva religioso canto, y en el alto almenar a nuncia el día, y al pueblo paz y bienandanza envía!

¡Y luego imaginarse en la mezquita al bizarro gome! (que en furia ardiente con torbo ceño á la batalla incita) en el suelo clavar la altiva frente; y en mística oracion, con faz contrita, elevar su plegaria al Dios potente, cuya mano conmueve el mar profundo y en firmes lazos encadena el mundo!!

¡Cuánto es risueño recordar las glorias del bravo moro, que abatió su saña ante el Quinto Fernando, en cien victorias que al cabo dieron libertad á España! ¡Cuán grato es admirar en las historias, cuyos fastos radiantes el sol baña, los hechos de los fuertes castellanos que vieron á sus pies los mahometanos!

Míralos, sí; cual bramador torrente, que en el tranquilo mar se precipita en su curso, arrasando en son hirviente cuanto al pasar encuentra y mas le irrita; así triunfante la cristiana gente, cuyos pechos la fé sublime agita, sañuda invade la frondosa vega y todo al fuego asolador lo entrega.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

Revista de la Quincena.

Si EL LABERINTO, consagrado desde su existencia á la amena literatura fuera un periódico político y de la situación, es probable que diera principio á este artículo de la manera siguiente: «Nunca en la capital de las Españas se ha entregado el pueblo madrileño con tanto orden y libertad al público regocijo, como en estas navidades.» Si este periódico se hubiera consagrado á combatir el orden actual de cosas, este artículo se hubiera comenzado de este ó de otro modo parecido: «Tristes y solitarias se han mostrado las calles de la capital en estos días. El pueblo recuerda su perdida libertad, y no les queda á los ciudadanos, ni á sus familias, el gustosiquiera de solemnizar, como es costumbre, la venida al mundo del hijo de Dios.» EL LABERINTO, que no es periódico de política, que no tiene de progresista mas que el progreso de la literatura, de las ciencias, y de las artes, que es bastante progresar: que no tiene de moderado mas que el de tratar todas las cuestiones con decoro y circunspeccion; y que no tiene finalmente de absolutista, sino el deseo de poderse llamar el único en su clase; el LABERINTO empezará por decir que estas navidades han sido como lo son todas, alegres y divertidas, siquiera algunas clases del Estado no hayan podido saborear los dulces frutos que les proporcionaba la consabida é inmemorial paga de navidades. Verdad es que nunca el consumo de comestibles y golosinas dicen que ha sido mas grande, pero tampoco hemos conocido nunca mas concurrencia de forasteros en esta capital. Como siempre en estas fiestas solemnes, la plaza Mayor y sus alrededores ha sido el mercado donde cada cual, y mejor dicho todos á la vez, han acudido á formar su repostería. Como siempre los instrumentos rústicos se han dejado sentir por todas partes; como siempre los predicamentos del turrón, no del turrón político, sino del de Alicante y de Jijona, nos han atronado los oídos; como siempre la gritería de pavipollos y capones nos ha recordado las sangrientas escenas que tienen lugar en estos días en las cocinas de las casas, víctimas inocentes, inmoladas en aras del Redentor! como siempre los aguinados se han visto cruzar las calles, llevándolos unos, pidiéndolos otros; como siempre las guitarras, los violines, los panderos y rabeles, las chicharras y tamboriles, han sido la señal, el grito de alarma que alegra los corazones y los prepara para la fiesta, y para la comida; que es la verdadera fiesta de estos días en que, por haber de todo, y como en señal de que la función ha de ser casera, raro es el año en que á fuerza de todos no esten intransitables las calles de la capital.

Terminada ya en el Congreso de diputados la discusión de la reforma constitucional, háse dado principio al debate de otras cuestiones no menos interesantes á la pública prosperidad y á la salud del Estado. La cuestión de culto y clero, caballo de batalla de todas las cor-

tes habidas, y por desgracia quizá de todas las por haber, ha dado margen á una desazon política cuyas consecuencias pudieran ser graves para el país. Una frase, escapada sin duda, al Sr. ministro de Hacienda, en el calor de la improvisacion, ha sido causa de que un número considerable de diputados haya presentado al Congreso la renuncia de sus respectivos encargos. De ratera calificó el Sr. Mon la conducta de los que habian presentado algunas enmiendas, especie de proyectos de ley, al dictamen de la comision sobre culto y clero, y fué tan esquisita la susceptibilidad de las personas aludidas, que ni aun bastó que el Sr. ministro retirara de una manera onñmoda y en pleno parlamento la mala frase proferida, para que desistieran de su empeño y no presentaran las renunciaciones. No sabemos si por esta causa, si por estar fatigado el Congreso despues de la larga y penosa discusión de reforma, ó por tener que hacer algunas alteraciones, nada indispensables cuando el país reclama la actividad en la discusión de ciertas leyes y reformas, se han suspendido las sesiones por un crecido número de días. Entre tanto el Senado activa la discusión de la reforma constitucional aprobando pacífica y tranquilamente el proyecto de ley, tal como ha salido del laboratorio del Congreso.

Animados sobre manera han estado los teatros de la corte durante la última quincena, produciendo esta animacion una concurrencia que ha venido á demostrar que hay público suficiente para dar provecho á dos empresas. Antepondremos las funciones líricas á las dramáticas, y nos haremos cargo de todas ellas, con la brevedad que nos impone el escaso trecho que tenemos á nuestra disposición.

El teatro del Circo, que se ha propuesto sin duda regalar los oídos de sus favorecedores con la música de Verdi, ha puesto últimamente en escena el célebre spartito debido al genio fecundo de tan insigne jóven, y cuyo título es *Los Lombardos*. El corte de esta lindisima partitura es el mismo que el del *Nabuco*, y *Hernani*. Igual es tambien su escuela, y algunas reminiscencias que se notan de vez en cuando, muestran claramente que el autor no puede desviarse de su senda, cuando se encuentra en los libretos con situaciones parecidas. Lo que mas resalta en esta composicion es el instrumental y lo bien armonizada que toda ella se encuentra. Las combinaciones de orquesta y los coros son en extremo sorprendentes y de un efecto singular. No se pegan sus aires al oído del espectador, pero en cambio hieren el corazón, se introducen en el alma, y agitan las grandes pasiones, produciendo al mismo tiempo una agradable sensacion.

Donde mas se revelan tan esquisitas dotes, donde mas se admiran los unísonos de las masas, es en la introduccion del primer acto, en la marcha del segundo;

en aquellos coros de ángeles que estan al espectador, que le conmueven, que le arrebatan en el segundo y cuarto actos, y sobre todo en la pieza mas acabada que hemos oido del maestro Verdi, cual es el terceto del acto tercero.

La ejecucion es preciso confesar que fué desigual. La señora Ober-Rossi estuvo muy feliz, por ser la ópera adecuada á sus grandes facultades, y á su excelente método de canto. El público la hizo repetir la *Caballetta* de la cavatina del segundo acto, y con mas entusiasmo el *allegro* de la del cuarto, y el empresario de este teatro parece que ha premiado sus esfuerzos haciéndola un magnífico regalo. El Sr. Bettini cantó bastante bien su parte, y participó de los aplausos y honores debidos á la Sra. Rossi. Los coros estuvieron magníficos, y la orquesta sobrepusó á todos en mérito y habilidad.

S. S. M. M. y A. han asistido á esta funcion y quedado muy satisfechos. El público llena el teatro cuantas noches se ejecuta, correspondiendo de este modo á los inmensos gastos que hace la empresa por presentar espectáculos dignos de la cultura de esta capital.

En el teatro de la Cruz se ha ejecutado la *Lucia*, ópera en que se han presentado por primera vez la señorita Tirelli prima, donna, y el bajo barítono Sr. Dinbrull. Antes de que se pusiera en escena, teníamos nosotros noticia anticipada, por los periódicos de las primeras capitales de Europa, de que en la *Lucia* era donde campeaba en toda su grandeza el genio sublime del tenor Moriani. Despues que se la hemos visto ejecutar nos hemos persuadido de la verdad de lo que habíamos leído. El Sr. Moriani en algunos pasos del mejor spartito de Donizetti no tiene rival en el mundo; y son muy pocos aquellos en que el mismo Rubini puede decirse que le escude.

No se crea por esto que nosotros somos de opinion que el mérito de Moriani haya hecho olvidar á Rubini. Nada de eso, pues siendo diferente el género de canto de estos dos artistas, bien pueden ser dos grandes notabilidades, á la vez que exclusivas cada una en el suyo. Es lo cierto que el canto de Moriani agrada mucho mas á los compositores, que el de Rubini. Esto consiste sin duda en que canta las óperas tales como ellas son en sí, sin adornos de ningun género, y con una sencillez y naturalidad como si estuviera hablando.

Con ansia esperaba el público de esta corte la ejecución de la *Lucia*; y no bien se hubo presentado en la escena el Sr. Moriani, cuando al cantar las primeras notas causó en el público admiracion á la vez que entusiasmo. Felicísimo estuvo en el duo que cantó con Lucia en el primer acto. Nunca el amor tuvo mejor intérprete que aquellos dulcissimos acentos que salian de los labios del artista. En el segundo acto se mostró tambien inspirado y dió pruebas inequívocas de su maestría al pronunciar

aquel *maldetto* lleno de terror, y que produjo una impresion difícil de explicar en el ánimo de los espectadores. Pero donde mas lució su grandeza como artista eminente, como actor consumado, fué en el cuadro final de la *Lucia*. En el andante arrebató por lo bien que supo expresar tantos afectos encontrados: allí se veía luchar el amor con los celos, el deseo de venganza con el tormento de la desesperacion. El público, por no perder ni una nota, por no distraerse ni un instante de aquel objeto precioso que cautivaba su atencion, que deleitaba sus oídos, se recogia á sí mismo los aplausos, y solo las palabras de *bravo, bravo*, asomaban á sus labios en cuanto se dejaban sentir. Todas las noches ha sido llamado á la escena tan luego como se ha concluido la ópera, y en algunas se le han arrojado varias coronas, que nunca seguramente han sido tan merecidas como en esta ocasion.

La señorita Tirrelli, que se presentó por la primera vez con la difícilísima parte de *Lucia*, es una cantante muy jóven, y que por lo mismo, atendidos los recursos con que cuenta, su porvenir habrá de ser grandioso. Dotada de una hermosa voz, sobresaliente en los puntos agudos, la señorita Tirrelli posee un buen método de canto. Su afinacion es esquisita, sus maneras extremadamente delicadas; tiene bastante dominio en la escena, y canta los pianos con una afinacion singular, á la cual debe, sin duda, muchísimos aplausos. El público ha acogido con favor y benevolencia á esta jóven artista, y de ello nos holgamos sobre manera, porque habrá de servirle de estímulo, para que con el estudio y la aplicacion llegue á ocupar el alto puesto que el arte la tiene reservado. En la ejecucion distinguióse particularmente en el duo del primer acto con Moriani, en el que parecia escucharse á dos ángeles, y en su aria final, en que también representa la locura. La segunda noche de su presentacion se le arrojó una corona de laurel, y siempre se ha pedido su salida á la escena.

El señor Dinbrull, bajo baritono de la compañía, no ha correspondido á lo que de él se esperaba, y á estas horas habrá roto ya su escritura.

SS. MM. y A. han asistido una noche á la representacion de esta ópera, quedando altamente satisfechas del excesivo mérito del señor Moriani. Como el respeto debido á las régias personas, no permitiera aplausos de ningun género, durante la representacion, luego que esta se concluyó, y apenas desocuparon el palco el público hizo salir á Moriani á la escena, donde le prodigó grandes aplausos y sin número de bravos. Tan grande distincion solo el tenor Moriani es quien hasta ahora la ha podido alcanzar.

Han dado principio los beneficios de los primeros actores de las compañías de verso de los teatros principales, y ha tocado en esta quincena el del primer actor don Juan Lombía. Háse ejecutado con este fin el drama histórico en cinco actos, escrito en diversos metros por don Patricio de la Escosura, con el título de *Segunda parte de la corte del Buen Retiro ó tambien los muertos se engan*. Antes de ocuparnos del ligero análisis de esta por mas de un concepto, notable produccion, seámos permitido observar, que cuando ha mediado tan largo espacio de la representacion de la primera parte á la segunda, hubiera sido muy conveniente no solo para el espectador, sino para el mejor éxito de la produccion, que unos dias antes de ponerse en escena la segunda, se diera una representacion siquiera de la primera. Con esto la empresa no hubiera perdido nada, pues sabido es por desgracia, que siendo siempre uno mismo el público que asiste á las representaciones, los que desearan formar su juicio acerca de la segunda parte, necesariamente habrian de acudir á la representacion de la primera.

El señor Escosura, parécenos que se ha propuesto, y debe estar orgulloso por haberlo conseguido, presentar un cuadro histórico, en que con toda verdad se retratarán los usos y costumbres de la corte de Felipe IV; y ha estado tan feliz en su concepcion, que no hay sino ver ó leer su drama, para conocer la exactitud de aquellos versos, que en su oda al Escorial, pone Quintana en los labios de este monarca:

Ya el trono de oro

Que á tanto afan alzaron mis abuelos,
Debajo de mis pies se derrocaba;
Mientras que embebecido entrefestines,
Yo, olvidando mi oprobio, respiraba
El aura del deleite en los jardines.

Estas cortas palabras presentan de relieve el carácter que ha continuado bosquejando el señor Escosura en su *Segunda parte de la corte del Buen Retiro*. Largos estudios y afanes prolijos han podido dar á este autor tan buenos resultados, pues no de otro modo se logra manejar la verdad histórica, ni el presentar tanta riqueza y tanta erudicion en los detalles. Las intri-

gas, los manejos ocultos del conde-duque de Olivares, se presentan de bulto desde la primera escena hasta la última. La indolencia del rey y sus locos devaneos, muestran su relieve á cada paso. El carácter simpático, noble y virtuoso de la reina Isabel se hallan tan bien perfilados, que el público acoge bajo su proteccion, y se hace partícipe de las penalidades de este personaje. Los grandes y poetas que fueron el lustre de aquel siglo, juegan tan perfectamente en los episodios del drama, y con tan buen colorido, que sin causar confusion al cuadro, dan al conjunto vida y animacion.

Pero si todo esto es cierto, como la simple lectura de la comedia lo hace comprender; si el drama por otra parte abunda en situaciones altamente dramáticas; si la historia se refleja limpia y pura en todas sus escenas, ¿qué defecto tiene esta obra, que por tantos títulos merece el dictado de maestra? ¿qué defecto tiene, repetimos, para no haber llenado las exigencias del público, como era de esperar? Nosotros creemos que el señor Escosura, por cuidarse tanto de los detalles, ha hecho perder el interés dramático, y lo animado de la accion, causando en el cuadro el mismo efecto, que el excesivo número de adornos en las ropas de un personaje; que si se admiran por lo perfectos y bien concluidos, distraen al espectador de lo principal, que es la cabeza. Si el autor no hubiera empleado tanto lujo de erudicion, el drama hubiera obtenido un éxito completo. Sirva de ejemplo el pasaje que tiene lugar en la escena segunda del segundo acto entre la reina y doña Inés, cuando recordando la primera la historia de sus amores, y la terrible situacion en que se encuentra, la dice á la segunda lo que podrá sucederle despues de dar á D. Luis la mano, en estos sentidos versos:

¡Ay de tí, pobre Inés, si ya perdida
la libertad, sintieras
por flechas de otro amor, el alma herida!

Si despues de puesta en labios de la reina tan bella reflexion, no se entretuviera en desarrollarla por medio de un sinnúmero de versos que, que si son excelentes, no por eso dejan de causar fatiga, el autor hubiera redondeado la frase con muy buen éxito, uniéndola con el final de la escena, que dice así:

El desdenado amante, algun delirio
revelará imprudente
la infelice pasion; y al inclemente
furor de aquel marido,
que infiel te fué sin freno sin rebozo,
verás de muerte herido
caer al que te amó, casi á tus plantas;
oirás, acaso, su postrer gemido;
y obligaciones santas
vedarán á tu labio
proferir ni una queja ni un suspiro!!!
Y vengado el agravio
ya de su vanidad, el asesino
volverá á sus placeres;
y tú, si es que no mueres
á manos del dolor, á tu destino:
sin esperanza amando,
sufrir, siempre sufrir, sufrir callando!!!

Esto tal vez le hubiera sido muy doloroso al señor Escosura, porque hubieran tenido que desaparecer de la mayor parte de las escenas una porcion de episodios bellísimos, que si no en la representacion, revelan en su lectura la conciencia y el estudio con que está escrito este drama.

Excusado es decir que está salpicado de sftuaciones altamente dramáticas, y que la versificacion es tan correcta y esmerada que nada deja que desear. El público inteligente así lo ha demostrado, y cuando lean algunos, á quienes no ha satisfecho esta produccion, se penetrarán del lugar preferente que en literatura está reservado á su autor.

La ejecucion fué desigual, pero en cambio resaltaba la propiedad de los trajes y el brillo y propiedad tambien de las decoraciones.

En estos dias de Pascua se han ejecutado indistintamente en los dos teatros, *El hijo de cuatro padres* y *de tres madres perdido*, comedia de figuron, que ha hecho reir bastante. *Una Madrileña*, comedia nueva en dos actos, que tampoco ha disgustado. *Dos chascos y dos fortunas*, comedia tambien nueva. *El tío Marcelo*, en dos actos, asimismo. La divertida tonadilla titulada *La venida del soldado*, y la piecicita en un acto, *Lo que es vivir en buen sitio*.

Se preparan grandes novedades en los teatros de la corte, y de algunas de ellas podremos dar idea á nuestros lectores en la quincena inmediata.

JUAN PEREZ CALVO.

EL RECLAMO.

Airado un estornino, reprendia de una perdiz el péfido reclamo que á la muerte á su raza conducia; aquella contestó—Lo quiere el amo; y canto, como escriben en el dia, á placer de quien paga. Cual yo llamo llaman tambien venales escritores.

—No olvidéis este diálogo, lectores.

P. F. BAEZA.

ENERO.

Este mes es comunmente muy frio: el sol, sin embargo, permanece mas tiempo en el horizonte que en el anterior; el boton de los árboles se dilata, se aumenta, cambia de matiz, y hasta la flor de varios mensajeros imprudentes que anuncian la época en que la tierra abre su seno para la produccion, desafia el frio mas riguroso, para embriagarnos con sus perfumes, y que disfrutemos de sus hermosos colores. El horticultor debe prever los efectos perjudiciales de las fuertes heladas de esta estacion. Durante el mal tiempo conviene dedicarse á los trabajos interiores, tales como reparar los instrumentos agricolas: pueden labrarse las tierras, así como en el mes anterior, y aunque el tiempo esté húmedo, escepto las blancas, que conviene esperar á que se sequen, limpiar las zanjas, podar y restaurar los setos vivos. Emplear el ganado en el acarreo del abono á las tierras, poniéndolo en montones, así como de los materiales para construccion y de la leña. Dejar rebalsar el agua en las praderas durante las heladas. Dar una cava á los arriates y bancales de los huertos; resguardar las sementeras recién hechas; trasplantar los pies de col, brócoli, nabos y puerros que se dejan para semilla; preparar mezclas de tierra para los tiestos; plantar los albaricoques, almendros y demas frutales de hueso, si están ya ingertos; cubrir las raíces de los recién plantados para librarlos de las heladas; podar los manzanos, perales y membrillos, así como las viñas: reemplazar con tierra nueva la que hayan arastrado los aluviones en los sitios altos; abrir cavaduras hondas para cercenar las raíces someras, y quitar los chupones. Las flores de este mes son escasas, y segun las circunstancias de localidad, ayudan ó retardan su desarrollo: los narcisos dan algunos botones, y alguna flor las violetas, primaveras y bengalas: deben abrigarse los tulipanes, ranúnculos y demas plantas de cebollas; formar cajoneras; entretener cañizos; podar los árboles y los arbustos; labrar á pala los bosquecillos, laberintos y planteles de los jardines; disponer la tierra para los plantíos; derribar los árboles destinados á construccion; podar los de paseo; hacer carbon, y aclarar los viveros muy espesos.

GANADO. En este mes debe hacerse el cálculo de la cantidad de forrajes proporcionado al ganado que se haya de mantener; limpiar diariamente el estiércol de los establos, impedir las corrientes de aire en las cuadras; puede disminuirse la racion de las caballerías; aumentar y mejorar el alimento de los animales destinados á la matanza, para lo cual debe aprovecharse el orujo que desechan las prensas de mosto y aceite, género de industria de muy buenos resultados, y desatendido entre nosotros; dar buen alimento á las vacas de leche, así como á los animales destinados al trabajo; poner á los puercos una pajaza abundante; templar su alimento; apartar las ovejas próximas á parir, y cuidar de los corderitos. Las aves de corral y las abejas reclaman muchas atenciones. Este mes, de diversion y placeres para la opulencia, es de sufrimiento y miseria para el pobre!... Los pajarillos, refugiados en los graneros y en las casas de labranza, son victimas de la brutalidad, de la ignorancia y de la ingratitud de los aldeanos. En los últimos dias de la treintena la vegetacion hace su primer esfuerzo para salir del estado de letargo en que se halla.



ALEGORIA DEL MES DE ENERO.

ANUNCIOS.

VIDA DE RANCE
 POR
EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

Esta obra, que acaba de dar á luz el célebre autor del *Genio del Cristianismo* y de los *Mártires*, ha causado una grandísima sensación en Francia y aun en toda Europa: la voz de Chateaubriand no podía menos de despertar un eco en todos los corazones y en todas las inteligencias. Confiamos que lo mismo sucederá en España, y que no pasará inapercibida entre la infinidad de producciones vulgares de que estamos inundados esta vida, de un grande hombre. escrita por otro grande hombre.

El editor ha confiado la traducción de esta obra á don Eugenio de Ochoa.

Consta de un tomo en 8.º de cerca 200 páginas y el retrato de Mr. Chateaubriand. Se halla de venta en la librería de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8, á 10 rs. rústica.

HISTORIA
DEL GIL BLAS

DEL SIGLO XIX.

Se ha repartido el tomo segundo de esta interesante novela.

Es ciertamente bien sabido de todos los profesores de la república literaria, que, después de la obra del Quijote de Cerban es, la historia del Gil Blas de Santillana es la que ha tenido mas séquito, y la que mas ansiosamente ha sido buscada por todos los amantes de la literatura española. Como en esta obra se pusieron de manifiesto todas las arterias, y vergonzosos actos del

gobierno de Felipe III en el siglo XVII, de ninguna manera podía publicarse en España por la fatal Inquisición de aquella época. El desconocido autor de ella tenía cierta introducción en la embajada francesa, regaló su manuscrito á aquel embajador, y este hizo donación de él á Mr. Le Sage, que suponiéndose autor de la obra la publicó en francés como cosa suya. De aquí las reñidas cuestiones sobre si la obra era producción de un francés ó de un español, hasta que el distinguido literato don Juan Antonio Llorente publicó su libro en París, probando demostrativamente en el ser producción española, á cuyos argumentos no pudieron contestar todos los literatos de la Francia.

Consta esta obra de 4 tomos en 8.º — Los señores que, sin adelantar dinero, se suscriban por toda la obra, se les dará cada tomo á 8 rs. en rústica y 10 en pasta: en las provincias un real mas por razón de porte.

Está abierta la suscripción en la librería de Boix, calle de Carretas, número 8, y en la misma librería se despacha la obra.

Asimismo se hallará en todas las principales librerías del reino y del extranjero, donde se admiten suscripciones.

El precio de toda será después de imprenta de 48 reales vellón.

ADVERTENCIA.

Se admiten suscripciones en los mismos puntos á la *Historia del Consulado y del Imperio de Napoleon*, por Mr. Thiers.

Poco voluminosos han salido los dos tomos que hasta ahora vieron la luz pública de esta obra, lo cual no pudo evitar el editor á pesar de sus deseos por razones imposibles de combinar; pero promete que los tomos sucesivos tendrán mucha mas lectura, sin que se altere el precio á los señores suscritores.

BOLETIN

DE

MEDICINA, CIRUJIA Y FARMACIA.

Periódico oficial

de la *Sociedad Médica general de Socorros Mútuos.*

Este periódico, que se publica en Madrid desde 1834, sale todos los domingos en dos pliegos en folio regular, de muy buen papel y de modernas y compactas ediciones. Por su antigüedad, esmerada redacción y por los muchos é importantes servicios que lleva prestados á las profesiones médicas, ha llegado á granjearse la general aceptación de los médicos, cirujanos y farmacéuticos del reino, siendo el conducto por el cual se comunican los aplicados sus mútuas observaciones y el palenque en donde continuamente se discuten los intereses de la ciencia y de los que la profesan. Publica también una escogida y numerosa correspondencia extranjera, dando conocimiento de cuantos adelantos ocurren en el mundo médico. Es asimismo un repertorio de noticias indispensables á todo profesor, puesto que inserta las leyes, decretos y reglamentos relativos á la profesión, todos los actos oficiales de la *Sociedad Médica General de Socorros Mútuos*, publicando además las vacantes, oposiciones, etc.

El precio de la suscripción es 24 reales por semestre para Madrid, y 30 para las provincias franco de porte.

Se suscribe en Madrid en las boticas de Bañares, Codorniu, Lletget, Llorente, Ferrari y Moreno; y en las provincias en las principales boticas y librerías.

Los que no tengan otra proporción para suscribirse pueden hacerlo dirigiéndose á la redacción, y remitiéndola una libranza sobre correos con el importe de la suscripción.

DICCIONARIO

ITALIANO ESPAÑOL Y ESPAÑOL ITALIANO,

EL UNICO COMPLETO QUE SE HA PUBLICADO HASTA EL DIA.

REDACTADO

POR MARTINEZ DEL ROMERO.

Conociendo el Editor de la presente obra cuán necesario era llenar este vacío en la literatura, no ha vacilado en publicarla, á pesar de los grandes gastos que tiene que hacer para conseguirlo; pero está seguro de merecer por ello la gratitud de los hombres estudiosos, confiando, con justicia, en que los conocimientos literarios y lingüísticos del señor Martinez del Romero; darán á su producción todo el sello de bondad necesario para que sea acogida con aprecio.

Esta obra se publica por entregas de 48 páginas en 8.º mayor francés, de buen papel y tipos nuevos.

El precio de cada cuaderno será por suscripción á 3 rs. cada uno en Madrid y 4 en las provincias, franco de porte. — Cada mes se dará un cuaderno y algunos meses dos. — Después de publicado el último cuaderno se venderá á 240 rs. el ejemplar, que serán dos tomos voluminosos. En todos los puntos de suscripción habrá un ejemplar de muestra.

Hoy se reparte la OCTAVA entrega de esta publicación. Continúa abierta la suscripción en la librería de su Editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS

DE D. IGNACIO BOIX,

Calle de Carretas, núm. 8.